



TERROR EN LAS VEGAS

Handwritten signature in blue ink, possibly reading 'Curtis Garland'.

Curtis Garland



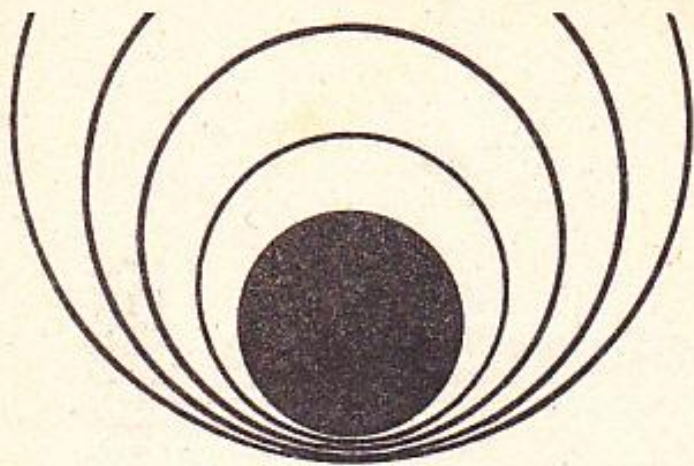
PUNTO

TERROR EN LAS VEGAS

[Signature]
Curtis Garland

YOUNG
MURDER

NUCC



PUNTO ROJO





CURTIS GARLAND

TERROR EN LAS VEGAS

Colección PUNTO ROJO n.º 1028 Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA
EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.635 — Ella no existía.

En Colección PUNTO ROJO:

1.026 — Miedo bajo el sol.

En Colección LA HUELLA:

134 - Pasaje sin salida.

ISBN 84 02-02520-X Depósito legal: B. 35.891-1981

Impreso en España Printed in Spain 1.a edición: enero, 1982

© Curtis Garland • 1982

texto

Martin ■ 1982

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.

A. Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A Parets del
Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1982

CAPITULO PRIMERO

El conserje levantó la cabeza. Fijó sus ojos en el recién llegado.

—Lo siento, señor —dijo escuetamente con tono mecánico—. No hay vacantes.

Tenemos todos los apartamentos ocupados.

El otro no dijo nada. Se inclinó sobre el mostrador de recepción. Hacía mucho calor. El conserje se enjugaba el sudor con un pañuelo. El visitante hundió la mano en un bolsillo de su chaqueta color crudo y el conserje pensó que también iba a sacar un pañuelo para secarse las gotas de sudor que corrían por su frente.

No fue así. Extrajo una pistola automática y apoyó el cañón en la sien del conserje.

Este, de pronto, dejó de sentir valor y notó un frío sutil recorriendo sus venas y deslizándose espina dorsal arriba.

—¿Qué... qué pretende? —jadeó, palideciendo.

—No se asuste —dijo la voz ronca del desconocido. Se inclinó más sobre él. Unas gotas de sudor cayeron sobre la superficie del mostrador—. No pienso apretar el gatillo... si no me obliga a ello.

El conserje tragó saliva. Sus ojos desorbitados miraban al desconocido con auténtico terror. No captó temblor alguno en la firme y recia mano que sujetaba el arma pegada a su sien.

—Le aseguro que ni aun así puedo darle apartamento —musitó con voz quebrada.

—Muy gracioso. No he dicho que viniera a buscar apartamento, amigo.

—¿Qué busca, entonces?

—A un cliente de este edificio. Use el teléfono y avísele de que tiene una visita. Sin añadir una sola palabra de alarma, ¿entendido? Si le veo vacilar, pronunciar una sola cosa que signifique alertar al cliente, le vuelo la cabeza, ¿está claro?

—Del todo —se apresuró a afirmar el conserje—, ¿A quién debo

avisar?

—Usted sabrá el apartamento. Yo sólo sé el nombre: Diana Van Doll.

—La señorita Van Doll... —repitió torpemente el infortunado.

—Eso es. No me diga que no se aloja aquí. Sé que está en estos apartamentos. Vamos, descuelgue el teléfono. Tengo poca paciencia, amigo.

—Sí, sí, espere un momento... Apartamento 518... Cuida do, por favor. Tengo mujer y tres hijos, señor. No dispare. No intentaré nada malo, se lo aseguro...

—Mejor para usted. Use ese teléfono y díglele solamente que está aquí un buen amigo suyo, que va a subir a verla.

—Sí, si... ¿Y si pregunta quién es ese amigo? —masculló el conserje, empezando a marcar el número correspondiente en la centralita.

—Añada usted que es Irwin Korvin quien quiere verla en seguida por un asunto urgente. Irwin Korvin, no lo olvide. Y con el tono más natural del mundo, ¿está claro?

—Sí, sí, señor —conectó la línea y habló, procurando que su voz sonase normal. Todo lo normal que era posible con una pistola del calibre 45 apoyada en su sien—. ¿Señorita Van Doll? Lamento molestarla. Es un recado urgente, sí. Un caballero está aquí. Necesita verla en seguida. ¿Su nombre? Irwin Korvin. Si, insiste en que es muy urgente, señorita Van Doll... —una pausa breve. Luego, asintió, mirando a quien le amenazaba—. Sí, si, por

supuesto. En seguida sube...

Cerró el teléfono. El visitante sonrió. Tenía unas facciones jóvenes pero duras. La sombra de la barba marcaba sus rasgos enérgicos todavía más. Los ojos resultaban de un frío color metálico, un gris entre pizarroso y acerado. El pelo revuelto, era castaño oscuro.

—Muy bien —dijo secamente, apartando el arma de la sien—. Se ha portado perfectamente, amigo. Lo celebro por usted. Y por su familia, claro. Volverá a verla, aunque tenga un chichón.

Le pegó inesperadamente. Un golpe seco con el cañón del arma en la cabeza. El conserje exhaló un gemido y rodó de bruces tras el mostrador. El hombre armado se inclinó sobre la centralita. Arrancó

los cables de la misma, dejando desconectados todos los teléfonos del edificio con el exterior.

Luego se encaminó a los ascensores y pulsó el botón del quinto piso cuando entró en uno de ellos. Guardó el arma en el mismo bolsillo de donde la extrajera. Pero su gesto continuaba siendo duro cuando alisó su impecable chaqueta color crudo, y miró impaciente hacia el indicador luminoso de la cabina, que iba señalando las plantas por las que pasaba.

Al iluminarse el número cinco, apretó los labios en una dura línea recta que parecía tallada en granito por un brusco golpe de cincel. Las puertas se abrieron silenciosamente.

Pisó la moqueta espesa y suave del corredor. Avanzó en busca del 518.

Llegó ante la puerta de madera barnizada donde aparecían las tres cifras en dorado metal. Alzó la mano. Golpeó la superficie suavemente con los nudillos.

—¿Quién es? —preguntó una cauta voz de mujer al otro lado de la madera, tras sonar unos apagados pasos.

—Yo —dijo él—. Irwin.

—Espera —sonó la misma voz, más calmada.

Sonó una cadena al ser desprendida. Y una llave girando en la cerradura.

Evidentemente, Diana Van Doll tomaba sus precauciones contra cualquier intrusión en su apartamento de aquel lujoso edificio del centro de la ciudad.

La puerta se abrió. Unos ojos muy azules miraron, desde debajo de un flequillo intensamente rubio. Se clavaron en el recién llegado. Ella exhaló un grito de terror y se dispuso a cerrar con rapidez la puerta.

No llegó a tiempo. El visitante había metido con celeridad su pie entre el quicio y la hoja de madera, impidiendo que ésta se ajustase. Forcejeó la rubia ocupante del apartamento. El hombre tuvo suficiente con cargar la puerta con su hombro, mientras ella gemía con voz angustiada:

—;Ha mentido! ¡Usted no es Irwin Korvin...!

La puerta cedió violentamente. La rubia retrocedió, tambaleante. El intruso penetró en el lujoso apartamento sin más problemas.

Ella lanzó un grito, empezando a retroceder, muy asustada. El hombre la miraba con dureza, el rostro inescrutable. Avanzó hacia ella, sin haber cerrado siquiera la puerta, y pronunció unas escasas y frías palabras:

—Me costó mucho encontrarla. Va a tener que explicarme bastantes cosas, señorita Van Doll...

Ella volvió a gritar. Ahora miraba hacia atrás, a un punto a espaldas de! visitante

agresivo. Este tuvo un repentino instinto y giró la cabeza al oír el chirrido de una puerta en alguna parte.

Giró la cabeza muy a tiempo. Los hombres estaban tras él, en el corredor. Ni siquiera habían pisado el umbral de entrada al apartamento de la rubia. Habían salido ahora mismo del apartamento situado enfrente.

Todos ellos llevaban un arma de fuego en sus manos. Y todas esas armas, aparte de ser automáticas, llevaban una prolongación en sus cañones. Un oscuro y feo cilindro cuyo uso era obvio.

Silenciadores. Armas que mataban sin hacer demasiado ruido. Los tres tipos tenían un rostro agrio y adusto, carentes de toda emoción.

Empezaron a disparar con endemoniada rapidez, en dirección al interior del apartamento. Sus armas, al llamear, emitían un seco sonido apenas audible a poca distancia. Pero vomitaban proyectiles mortíferos, que el hombre sintió zumbas cerca de él, pese a que ya para entonces se había arrojado tras una mesa con tabla de mármol, que volcó para utilizar como escudo protector. Notó cómo se agrietaba el mármol al recibir los escupinatajos de metal.

No pudo hacer nada por Diana Van Doll. Nadie hubiera podido hacerlo, porque ella estaba demasiado lejos aún de él como para intentar derribarla al suelo, y careció de reflejos suficientes, acaso inmovilizada por el pánico, para apartarse de la trayectoria de las balas. Estas confluyeron en ella como si fuese un blanco elegido para prácticas de tiro.

El intruso tuvo que asistir a una desagradable escena, impotente para evitarlo, tras su parapeto acribillado a balazos. La rubia se agitó

primero, como si sufriera un espasmo, y encima del raso color malva de su bata se formó una mancha roja a la altura del pecho izquierdo. Luego se dobló, contrayendo la boquita pintada con un rictus de dolor y de sorpresa. Finalmente, se echó atrás, mientras las manchas rojas eran ya varias, sobre su torso y abdomen, y se extendían paulatinamente hasta formar una sola, enorme y goteante, por donde se le escapaba la vida a aquel cuerpo de muñeca lujosa y sensual.

—Dios mío... —la oyó gemir—. Me... mue... ro... Ayú... deme...

Lo dijo mirándole con un raro patetismo en sus ojos azules, muy abiertos y ligeramente vidriosos. El había extraído ya su voluminosa pistola y la hizo tronar por un lado de la mesa, sin cometer el error de asomar la cabeza un solo instante.

El estruendo de su automática contrastó con el torvo zumbido sordo de los disparos asesinos. Oyó un grito ronco y alguien juró luego en voz baja, de forma soez. Un golpe sordo sonó en el pasillo, como de algo pesado que cae.

—¡Han dado a Duke! —oyó un susurro.

—Déjalo —sonó la otra voz—. Nos vamos de aquí. Ese hijo de perra está armado...

—Pero Duke... No podemos dejarle....

—¿Quién carga con doscientas libras de peso, imbécil? —jadeó el otro—. Además, no podemos hacer gran cosa por él. Ese bastardo le ha metido la bala en pleno cuello. No sobrevivirá. ¡Vámonos!

Hubo dos nuevos escupinatajos de balas silenciosas que batieron contra el mármol, terminando de agrietarlo e incluso dejando en él un orificio, pero por fortuna no se molestaron en continuar el tiroteo. El visitante de Diana Van Doll les oyó correr por el pasillo, en dirección a la escalera, sin utilizar el ascensor en su fuga.

Asomó por encima de la mesa volcada. Un hombre yacía en el corredor, con su mano crispada en torno a la culata de su arma, el rostro convulso, y con un boquete respetable en el cuello, del que escapaban borbotones de sangre. Sus piernas se agitaban espasmódicamente de vez en cuando. El intruso no sintió compasión alguna por él.

Se volvió hacia la rubia. También había caído ya, tosiendo secamente. La sangre se deslizaba por sus labios, en dos hilos delgados. Estaba

blanca como el yeso y le miraba, agitando su hermoso cuerpo en la moqueta con leves sacudidas.

—Lo siento, muñeca —murmuró duramente el visitante, aunque trataba de ser más suave con la moribunda—. No pude hacer nada. Esos tipos te vigilaban. Por eso alquilaron; sin duda, el apartamento vecino al tuyo. Lo único que hice fue precipitar las cosas. Yo te necesitaba viva. Ellos, muerta. Y ellos ganaron.

—Ellos... —jadeó la muchacha—. Ellos... fueron pagados...

—Lo supongo. ¿Por quién? —le preguntó dulcemente, arrodillándose a su lado.

Ella crispó sus dedos bien manicurados en su solapa, como si con ello quisiera aferrarse a todo lo que se le escapaba: la vida, el ser, el aliento, la luz, todo.

—La caja... la combinación... el gato... —musitó la infortunada, en una nueva y dolorosa convulsión, clavando sus azules pupilas en él.

—No entiendo...

—La clave... La baraja... —siguió diciendo aparentes incoherencias la muchacha—.

¿No... entiende...? La caja... la combi...nación... el... ga...to... la cla...vvvv...eee...

No dijo más. Sus labios se tiñeron de rojas burbujas. Su cuerpo sufrió un fuerte espasmo, Y se quedó muerta así. Mirando fijamente a su visitante, aferrándole la solapa, desesperadamente empeñada en querer continuar viva.

El contempló el cuerpo sin vida con expresión sombría. Lo soltó lentamente, con suavidad, dejándolo caer de espaldas sobre la moqueta. Pasó sus dedos sobre los párpados sombreados de pintura verde pálida. Los cerró. El maquillaje contrastaba grotescamente ahora con la lividez de la muerte. La boquita pintada era una roja mancha incoherente.

Levantó la cabeza. Miró al pasillo. Alguien tenía que haber oído el disparo de su revólver, pensó. Una sirena, en alguna parte de la ciudad, no muy lejos de allí, le confirmó la proximidad de un coche patrulla, llamado por alguien de la vecindad. De algún edificio, cercano, porque el teléfono del edificio de apartamentos no

funcionaba.

El tipo del corredor había dejado de agitarse. Estaba tan muerto como la chica de pelo teñido. Salió al pasillo, tras una mirada vaga al apartamento silencioso. Luego, se encaminó presuroso a una ventana trasera. Comprobó que la escalera de incendios conducía a un callejón donde se alineaban cubos de basura.

Bajó por allí, mientras las luces parpadeantes de un coche patrulla pasaban fugazmente por el fondo del callejón, y la sirena iba dejando de sonar a medida que el vehículo frenaba ante la entrada de los apartamentos.

Se apresuró a correr en dirección opuesta, maldiciendo entre dientes su mala fortuna. Y

preguntándose qué querría decir la infortunada Diana Van Doll con sus cinco últimas palabras: «caja, combinación, gato, clave, baraja...»

Nada de eso tenía nada que ver con lo que él buscaba cuando visitó forzosamente a Diana Van Doll. Para él, todo eso carecía de sentido por completo. Pero al parecer, ella

relacionaba su trágico fin con aquellas palabras incoherentes.

Se alejó de la zona peligrosa. Sabía que el conserje, cuando despertase, le recordaría a él y daría su descripción. Si le enseñaban una fotografía, le identificaría en seguida. Los asesinos contarían menos, puesto que habían sido clientes del edificio. Para todos, él sería el asesino de Diana Van Doll.

No le importaba demasiado ese riesgo. Era uno más. En su situación, todo importaba ya poco, pensó él, deteniendo un taxi al que le dio las señas de un casino de la ciudad. El vehículo se encaminó al Casino Center de Las Vegas, donde se hallaban ubicados los más importantes establecimientos de juego, como el Caesar's Palace, el Desert Inn, el Sahara, el Sands o el Flamingo Hilton entre otros muchos.

Se puso unas gafas de sol que llevaba en el bolsillo, y metió en sus mandíbulas unas piezas de goma que hincharon sorprendentemente sus carrillos, deformando las facciones. Luego, dé otro bolsillo extrajo un sobre de celofán del que extrajo un bigote grueso con dorso adhesivo, del que desprendió un protector encima de sus labios.

Cuando el taxi se detuvo en el Strin, radiantemente iluminado toda la noche por el cegador festival de luces y letreros del famoso centro de

juego, el taxista se llevó una gran sorpresa al descubrir que dejaba en tierra a un hombre de rostro bastante distinto a aquel que recogiera inicialmente.

Pero en Las Vegas, la gente estaba ya acostumbrada a todo y cuando el cliente le dio una buena propina, el taxista se dijo que allá cada cual con sus excentricidades.

El hombre entró en el MGM, dirigiéndose a una taquilla para adquirir unas fichas de juego. Luego, caminó hasta una mesa donde un *croupier* preparaba los naipes para una partida de *baccarrá*. Se situó en un asiento, pidiendo carta al depositar cincuenta dólares en una ficha.

El *croupier* sirvió cartas. El cliente perdió. Jugó de nuevo y perdió. Así durante cinco veces. Ganó a la sexta y repitió a la séptima, para volver a perderlo todo entre la octava, novena y décima vez. Ya sin fichas, lanzó un suspiro y comentó:

—Cambiaré de nuevo para otra partida, amigo.

—Como quiera —asintió el empleado, indiferente.

Se incorporó. Vaciló. Antes, rebuscó en sus bolsillos. Extrajo una fotografía algo arrugada, de superficie brillante. La puso ante el *croupier*.

—Espero a un amigo. ¿Le conoce usted? —preguntó ingenuamente.

—Lo siento, señor —rechazó el *croupier*—. No informo nunca sobre nadie.

—No es más que una pregunta. Me citó aquí y no le veo. Quizá me engañó, no sé. Por eso quería saber si lo conocía usted.

El *croupier*, aunque algo molesto, miró fijamente la fotografía. Arrugó el ceño. Luego sonrió, asintiendo.

—Claro Van Dolí dijo—. ¿Quién no conoce a Al Ace Murdock en Las Vegas, señor? —

habló con más cordialidad—. No tiene que preocuparse. Si le ha citado aquí, vendrá. Es un buen cliente. Y un jugador con mucha suerte. Pero honesto, eso sí. Los profesionales aquí no tienen nada que hacer.

—Al Ace Murdock —repitió el cliente con lentitud. Sonrió y guardó la

fotografía—.

Gracias, amigo. Es todo.

Se alejó. Por fortuna, había alterado lo suficiente sus facciones antes de entrar en el

Casino MGM.

Porque el hombre de la fotografía era él mismo. Aquella era su foto. Sólo que él no se llamaba Al Ace Murdock, sino Dave Murray. Y nunca, antes de ahora, había estado en Las Vegas.

CAPÍTULO II

Randsome Hickox levantó los ojos de su tablero de ajedrez. Piezas de plata se enfrentaban a piezas de oro. Allí no había blanco ni negro, excepto en el tablero, de marfil y ébano cuadriculado. Las «blancas» eran de plata. Las «negras», de oro puro. Aquel ajedrez, labrado a mano sobre metales preciosos por un artífice italiano, valía una fortuna.

—¿Las Vegas? —preguntó secamente, tras tomar el suficiente aliento de su prótesis bucal, que le hacía emitir por los tubos plásticos una rara voz ronca, agobiada, de asfixiante entonación. Un tumor canceroso, benigno en principio aunque, como él decía, preocupado por su vida —eso nunca se sabía—, había dejado al multimillonario aquel orificio en su garganta. Y sólo mediante la adecuada prótesis podía emitir sonidos coherentes, con una voz que era más producto del ingenio humano que de sus propias cuerdas vocales, irreversiblemente dañadas.

—Sí, señor —respondió el hombre gordísimo, sudoroso y flácido que permanecía erguido ante él, embutiendo sus adiposas formas dentro de un amplio y burdo traje cruzado, que colgaba como de una percha torcida de sus grasientos hombros—. Las Vegas. Allí está ahora nuestro hombre.

—¿Cuál de ellos? —cloqueó la voz ronca mientras los jadeos de la toma y expulsión de aire hacían sonar desagradablemente los tubos de su laringe.

—Los dos, señor Hickox —dijo el gordo—. Los dos.

—Ya —el millonario se frotó el mentón, mientras sus ojos grises como su cabello, escrutaban distraídamente a su esbirro—. Las cosas,

entonces, se ponen bien. Nick.

—Eso parece, señor Hickox —asintió el otro, resoplando.

Frente al magnate de las finanzas, el contrincante de la partida de ajedrez pareció impacientarse. Era una mujer hermosa, en contraste con el maduro, enfermizo y desagradable Randsome Hickox. Una dama alta, morena, de pelo negro, tez bronceada, grandes senos y arrogante figura, simplemente cubierta por dos minúsculas piezas de bañador bikini de color lila vivo.

—¿No seguimos la partida, Rand? —preguntó con acento mimoso.

—Claro, querida —sonrió con aire complacido su contrincante—. ¿Nuevo yo?

—Eso es. Estás muy distraído hoy. Jugué el alfil la última vez. Tienes tu reina en jaque, por si lo has olvidado.

—Oh, cierto, cierto —suspiró con su molesta voz, que no parecía impresionar en nada a su compañera—. Jaque a la reina... No esperarás que me deje ganar, ¿verdad?

Ella se encogió de hombros, como si eso le tuviera sin cuidado. Hickox meditó un instante. Luego movió un caballo y sonrió.

—Cubro la reina —dijo—. Te amenazo tu torre. Y en dos jugadas más... jaque mate, hagas lo que hagas, cariño.

Ella enarcó las cejas sorprendida. Miró el tablero con disgusto. Pareció medir sus dos posibles jugadas siguientes. Y molesta, derribó su dorado rey de un golpe.

La pieza de oro de coronada testa golpeó suavemente el marfil y ébano del tablero.

Randsome Hickox sonrió.

—No te puedo ganar nunca —se quejó ella—. Sabes jugar demasiado bien.

—Cierto —asintió el magnate—. Soy un buen jugador de ajedrez, querida. También me gusta ganar en el tablero de la vida. Habitualmente, siempre doy jaque mate a mis enemigos. A todos.

—Lo recordaré, para no ser nunca tu enemiga —respondió ella, levantándose de su asiento para caminar, majestuosa, hacia la piscina

de azules aguas que se extendía junto a la mesa, en el amplio jardín bordeado de setos y arboledas, bajo el sol californiano—. Voy a tomar un baño. Eso me quitará un poco el mal humor.

—Haces bien, querida. Báñate —contempló con admiración el espléndido cuerpo semidesnudo de la mujer, moviéndose hacia las aguas de la piscina y añadió con su inevitable voz jadeante—: Por otro lado, tú nunca podrás ser mi enemiga. Eres demasiado hermosa. Y demasiado lista, diría yo, para cometer un error así. Todos los que pretendieron burlarme o engañarme, están ahora muertos.

—¿Todos? —dudó ella, volviéndose hacia el millonario, ya desde el borde de la piscina.

—Bueno, no todos... *aún* —dijo el millonario—. Falta uno. Uno muy especial que ahora está en Las Vegas. Sabía que no podía fallar. Que encontraría a mi hombre. Y sin moverme de aquí ni hacer el menor movimiento, querida.

—Me gustaría saber cómo puedes hacer esas cosas —rió ella, zambulléndose en las azuladas aguas como una perfecta náyade.

Randsome Hickox se quedó pensativo, la mirada perdida en la distancia, como si buscara la respuesta en algún punto muy lejos de allí. Sus labios se movieron, y de sus tubos apenas si salieron palabras. Sólo sonidos roncós, gorgoteantes, que únicamente una persona que le conociera tan bien como podía conocerle su esbirro Nick, pudo entender lo que decía:

—Porque siempre sé mover la pieza adecuada en el tablero, cariño...

El gordo se enjugó el sudor, despojándose del sombrero panamá que cubría sus grasientos cabellos, escasos y ralos, soltó un resoplido e indagó:

—¿Qué tal si envío a alguno de los muchachos a Las Vegas, señor Hickox?.

—No creo que sea necesario —rió el millonario con un grotesco y casi angustioso siseo en sus tubos que ni siquiera parecía humano—. He envido al peón perfecto para dar jaque mate a nuestro hombre, Nick. De todos modos, por si quieres estar más seguro, envía a alguien que conozca bien Las Vegas y nos tenga al corriente.

—¿Sid Warden, por ejemplo? —sugirió Nick.

—Sí, está bien, Sid Warden puede valer —aceptó el millonario con displicencia—. Pero te repito que no hará falta. Todo está bien calculado. Dave Murray cumplirá su misión sin la menor duda. Fría y mecánicamente, como una perfecta máquina. Y esa misión, naturalmente, es sólo una: matar a Al Ace Murdock...

* * *

Wendy Hickox dirigió una mirada al teléfono.

Acababa de sonar. Se había sobresaltado, no pudo evitarlo. Estrujó sus manos una contra otra, inquieta y nerviosa. El timbre siguió sonando. Todavía vaciló unos momentos. Por fin, se dirigió al aparato y lo descolgó bruscamente. —¿Diga? —

preguntó.

—¿Wendy? —sonó una voz, al otro extremo del hilo. —Si —dijo ella roncamente—.

¿Quién llama?

—¿No me reconoces? ¿Quién te llamaría a ese número, Wendy?

—¡Al! —exclamó ella, crispando su mano en torno al teléfono—. Tú...

—¿Quién, si no? ¿Esperabas a otra persona acaso?

—No. no —negó ella—. Pero pensé que no llamarías... —¿Por qué no? Sigues siendo mi pequeña, Wendy, ¿no es cierto? —la voz del hombre, en la distancia, sonó cordial, risueña.

—No lo sé —respiró hondo la joven—. No sé ya nada de nada. Desde que te has marchado, ando como loca, Al... He oído cosas tan horribles de ti...

—No les hagas caso. A nadie.

—¿Ni siquiera a mi padre?

—Ni siquiera a él.

—Es fácil decir eso cuando no se convive con él bajo el mismo techo, cuando no se es hijo suyo. . y, sobre todo, cuando una no ha cumplido aún la mayoría de edad y depende totalmente de su autoridad paterna.

—Sé que no te es fácil, pero debes tener fuerza. Nos reuniremos pronto.

—¿Cuándo? —preguntó ella ansiosamente—. Cada día lejos de ti, me parece una eternidad, Al querido...

—Ten calma. Espera un poco. Trataré de arreglar las cosas.

—Veo difícil arreglar nada, con mi padre en contra. Te odia, no sé por qué. Supongo que porque representas todo lo que él detesta: juventud, independencia, espíritu bohemio y aventurero.. ¿Desde dónde me llamas, Al?

—No, no. Será mejor que no te lo diga. Alguien podría sorprender esta conversación y...

—¿Aquí, en casa de Nelly, mi amiga? Lo veo difícil. Papá no la conoce. No puede saber que aguardo en este lugar tu llamada...

—Podría llegar a averiguarlo. Si no por medio del control de ese teléfono, sí a través de ti misma, de algún posible error... Créeme, es preferible que él no sepa dónde estoy ahora.

—¿Tanto le temes, Al?

—A él y a sus asalariados, Wendy. Tiene gente capaz de todo con tal de halagarle y ganarse su estimación. De todo. Incluso de matarme.

—¡Dios mío, qué cosas dices! —jadeó Wendy, asustada—. Matarte... Papá nunca permitiría una cosa así...

—Es posible —la voz de él denotó escasa convicción en ese momento, aunque con rapidez cambió de tono, haciéndose de nuevo jovial y llena de seguridad—. Escucha, Wendy; procura estar de nuevo en esa casa el próximo sábado entre las cinco y las seis de la tarde. Te llamaré ahí. ¿Podrás arreglarlo?

—Si, seguro. Lo arreglaré con Nelly. Pero falta tanto hasta el sábado... —se quejó Wendy Hickox amargamente.

—Debes esperar y confiar en mí. Es posible que el sábado te diga dónde estoy y puedas reunirme conmigo. ¿Te gustaría eso?

—¡Al, sería maravilloso! Reunirme contigo... los dos juntos... —súbitamente, su voz

sufrió una brusca desilusión al expresarse—. Pero no puede ser. Papá

se pondría furioso, haría que nos dieran caza a los dos... Te acusaría de corrupción de menores, me haría encerrar en un correccional...

—No, si las cosas salen como yo espero —dijo risueñamente la voz de él—. Confía en mí, ya te lo dije. Creo que tengo la solución para todos nuestros problemas. Es cuestión de unos pocos días, posiblemente de horas. Te llamaré. El sábado, recuerda.

—Al, cariño, yo...

—Hasta el sábado. Debo cortar. No me gustaría que interceptaran esta llamada de alguna forma y diesen conmigo. No deben conocer ni la ciudad donde me alojo. Adiós, querida.

Colgó. Wendy Hickox se quedó con el teléfono en la mano, absorta, aunque ya no se podía oír la voz de él. Luego, lentamente, también ella colgó, alejándose hacia un ventanal asomado a la playa de Malibú donde se hallaba ahora. Sus ojos contemplaron de forma distraída la franja de arena, los bañistas corriendo por la playa o lanzándose al agua.

Era solamente miércoles. Aquellos tres días que faltaban para la nueva llamada, iban a parecerle una eternidad.

Después de todo, ella sólo pensaba en un hombre: Al Murdock. Mientras que, al otro lado del hilo, en un céntrico hotel de Las Vegas, el hombre que había hablado recientemente con ella, el propio Al Ace Murdock, estaba ahora marcando otro número de teléfono, con la sonrisa en los labios, y esperó a que se levantase el auricular al otro extremo, en su llamada de larga distancia a cierto número de California.

No tardaron en descolgarlo. Una voz femenina sonó en la distancia:

—¿Dígame?

—Pam —susurró Murdock, con la misma suave dulzura que utilizase para hablar con Wendy anteriormente—. ¿Sabes quién soy?

—¡Al! —susurró la voz de mujer, con un claro estremecimiento de gozo en su tono al identificar el timbre de aquella viril y seductora voz distante—. Al, eres tú, amor... Me has tenido impaciente, sobre ascuas,.. Temía que mi marido pudiese llegar en cualquier momento de su finca en Long Beach, donde lleva dos días trabajando en sus asuntos y pudiera sorprender... tu llamada, amor.

—No te preocupes. Sé medir bien mis acciones. Supongo que tu marido, como de costumbre, no regresará hasta el oscurecer.

—Por supuesto. Además, yo sé que no solamente está trabajando. Es un pretexto muy manido, que finjo aceptar, pero que en modo alguno creo. Tiene su amiguita, su amante de turno con la que se pasa esas que él llama «fatigosas jornadas» de aislamiento.

—Y mientras tanto, él sólo te quiere para ti, no permite que tengas tus propios amores...

—Es un déspota, un ser egoísta y tiránico que puede hacer lo que le viene en gana, amor, pero nunca permitir que los demás hagan lo mismo. Ya le conoces bien, por desgracia.

—Sí, cariño, muy bien —suspiró Murdock con tono de amargura—. Pensar que sólo él se interpone entre mí y la mujer de mi vida...

—Oh, Al, cielo mío, no digas esas cosas... —sonó la voz estremecida—. Me haces pensar siempre cómo una mujer de mi edad, puede atraer tanto a un hombre joven como tú...

—Mi querida Pam, eso no es tan extraño. Eres apetecible, hermosa, suavemente madura, en la mejor esplendidez de la vida... y te adoro. Eres mi único amor, Pamela querida, y tú lo sabes. Por ti estoy haciendo todo esto. Por ti huyo y me escondo. Pero te prometo que pronto resolveremos el asunto a nuestro favor, de un modo definitivo.

—Me asustas. ¿Qué piensas hacer, Al, cariño? ¿Dónde estás ahora?

—No, no. Eso es un secreto que aún no puedo revelarte. Pero confía en mí, Pam, confía ciegamente...

—Ya lo hago, Al. Ni mi hija Wendy ni Randsome pueden imaginar lo feliz que soy esperándote, sabiendo que me amas tanto y que volverás pronto a por mí, diga mi marido lo que diga, haga él lo que haga...

* * *

Dave Murray contempló largamente la fotografía. Luego, se tocó su propio rostro. Se miró en el espejo del apartamento recién alquilado en el centro de Las Vegas. Se había despojado de todos los postizos nuevamente. Ahora se veía tal como era en el cristal azogado.

No le gustó lo que veía.

—Dios mío... —susurró—. Es como mirar a un extraño, a un desconocido. Ese hombre de la fotografía... ese hombre del espejo... *Ninguno* de ellos soy yo. Pero sin embargo, es el *mismo* rostro...

Hundió los dedos en su piel, como si quisiera moldearla de nuevo, como si su cara de duras facciones fuese una simple mascarilla en arcilla a la que pudiese volver a dar forma tras borrar unos rasgos que le enfurecían.

Maldijo entre dientes. Desde la fotografía, el hombre que tenía su propio rostro le contemplaba con un asomo de sonrisa burlona, como si desde la propia cartulina brillante se estuviera mofando de él y de sus obsesiones.

Dave Murray se apartó de todo ello, de espejo y de fotografía, en un vano empeño por huir de algo que estaba en sí mismo, ya que de ninguna forma podía deshacerse de su propio rostro, que era el que veía reflejado en el vidrio o en la cartulina, indistintamente.

Encendió un cigarrillo y paseó por la habitación nerviosamente, dirigiendo una vaga mirada a la amplia panorámica del Strip, que era visible desde la amplia ventana de su apartamento. Ahora, de día, todo parecía más tranquilo, menos carnavalesco que durante la noche, con el resplandor de millones de luces de cambiantes colores bañando las rectas calles de la urbe con los guiños centelleantes de los anuncios de cada casino.

Pero él sabía que ya se jugaba dentro de los recintos, virtualmente abiertos las veinticuatro horas del día.

En aquella ciudad tenía que encontrar a su hombre. Y ese hombre era una réplica exacta de él mismo.

Una vez diese con él, le mataría.

Tenía que hacerlo. Era inevitable. Para eso había llegado a Las Vegas siguiendo su rastro. Un hombre llamado Al Ace Murdock, tenía que morir a sus manos. Lo tenía ahora más cerca que nunca. En alguna parte de aquella ciudad mágica, como mariposa

fascinada por la llama. El juego atrae siempre al jugador. Siempre había sido así y él lo sabía. Por eso era lógico que su víctima terminase por llegar a Las Vegas. Y por eso él había encontrado su rastro.

Ahora debía localizarlo. En una ciudad como aquélla, a veces dar con

determinada persona no era cosa fácil. Que él buscara el juego, no era suficiente indicio. Había demasiados casinos y salas de juego. Podía ir a cualquiera de ellas. Pero tampoco podía matarle en un casino, a la vista de todo el mundo.

Lo importante era dar con él una vez, una sola. Coincidir en alguno de los centros del azar y la fortuna. Y después seguirle hasta el lugar adecuado.

Y entonces... matar a Al Ace Murdock.

Así sería. Nadie iba a evitarlo. Dentro de poco tiempo, acaso solamente de horas, uno de los dos hombres con el mismo rostro, estaría muerto. Quedaría uno solo: él.

Sería como terminar una maldita pesadilla. Del único modo posible para él. Nadie lloraría a Murdock, estaba seguro de ello.

Y no porque fuese un jugador profesional y un rufián de la peor especie en otros terrenos, incluido el amoroso.

Sencillamente, nadie o casi nadie llora a un asesino.

Y Al Ace Murdock, además de jugador y de seductor pervertido, era también un asesino.

CAPITULO III

El teniente Foster vio pasar ante él la camilla totalmente cubierta, camino de la ambulancia. Se frotó la barbilla, pensativo, paseando por el apartamento y el corredor.

El otro cadáver ya se lo habían llevado antes. Un trazo de tiza marcaba su perfil en la moqueta del pasillo.

—Dos muertes violentas en un solo día —comentó entre dientes—. ¿En qué va a convertirse un día esta ciudad?

Paseó hasta el lugar donde cayera el hombre y miró a ambos lados del corredor. El conserje hablaba con sus hombres, allá al fondo. Sabía lo que estaba diciendo.

Describía por enésima vez al visitante de Diana Van Doll la noche anterior. No necesitaba escuchar más esa descripción. La recordaba muy bien mentalmente.

Aquel hombre no sólo le había amenazado y golpeado con una pistola, sino que rompió la centralita telefónica para que no fuese utilizada. Luego, habían sonado disparos, escuchados por muchos inquilinos del edificio y del colindante. Desde éste se había hecho la llamada inicial a la policía.

Cuando llegaron, habían encontrado dos muertos: la rubia Diana Van Doll y el tipo del pasillo. Este no era el visitante de la noche, según el conserje, pero sí un huésped que compartía un apartamento con otros dos. Sus compañeros se habían evaporado dejando el cadáver.

Aparentemente, el agresor del conserje había matado a ambos a tiros, huyendo después del edificio sin dejar rastro. Al menos, eso es lo que parecía. Faltaba, por supuesto, el informe pericial y la autopsia. Entonces quizás estuviese todo más concreto.

El teniente Foster, de la División de Homicidios de Las Vegas, sabía ya la ocupación de la rubia asesinada: actriz y cantante de mediana categoría. El hombre del corredor, según su documentación, se llamaba Duke Moran y figuraba como viajante de comercio, natural de Cincinnati. Para ser un viajante de comercio, pensó el policía, resultaba muy raro que llevase encima un arma de fuego y hubiese aparecido otra en su maletín, abandonado en el apartamento.

Hizo extraer las huellas dactilares del muerto y tomarle unas

fotografías, para remitirlas a Washington en demanda de posibles antecedentes federales. Sobre Diana Van Doll no había muchos datos.

Llevaba solamente cinco días en Las Vegas, actuando en un local, el Raffles Bar del Desert Inn. Había hecho también una aparición en un programa musical de la emisora local de televisión, XBEX TV. No era famosa, pero tenía un espléndido cuerpo, un bonito rostro, una cabellera muy rubia, cierta dosis de sensualidad y una voz ronca y voluptuosa que gustaba a los hombres. Cantaba habitualmente *blues* y viejas canciones de Sinatra o de Dean Martin. Ahora estaba fría y yerta, camino de la Morgue local.

—Llevad a ese hombre al Departamento —dijo a uno de sus hombres, señalando al conserje de noche del edificio—. Que confeccionen un retrato-robot con sus descripciones y lo supervise él, una vez terminado. Quiero encontrar a ese tipo que

recorre la ciudad arma en mano, como si esto fuese el Chicago de los años treinta.

—Sí, teniente —asintió su subordinado—. Ahora iba a comprobar algo que hemos averiguado a través del Raffles Bar sobre esa pobre chica, la Van Doll.

—¿Qué es ello?

—Al parecer procedía últimamente de California, donde había estado actuando en San Francisco y en Los Angeles. Y según varios empleados del local, ella parecía bastante asustada estos últimos días, como si temiera que podía amenazarla algún peligro, teniente.

—Ya. Es evidente que no se equivocó. Lleven al conserje a las oficinas y luego ocúpese usted de visitar el Desert Inn para saber algo más sobre eso, de ser posible.

El agente asintió, alejándose del oficial de policía, que regresó al apartamento de la artista, comenzando a revisarlo a fondo. Especialmente, se detuvo en el equipaje de la cantante, no tan voluminoso como era habitual en personas de su profesión.

Evidentemente, Diana Van Doll no era de las artistas que podían permitirse esos lujos. Su vestuario, en el apartamento, se reducía a cinco o seis vestidos, unas pieles buenas y otras de imitación, unos cuantos pares de zapatos y algunos sombreros.

El teniente Foster no encontró nada de especial interés» entre sus

cosas, con la excepción de la fotografía de un hombre al pie de la cual había una dedicatoria trazada con letra pulcra y minuciosa:

«A mi amada Diana, con todo el amor de su: Irwin.»

Frunció el ceño. No conocía de nada a aquel hombre, pero algo en su rostro le resultaba familiar. Estaba seguro de que por alguna razón, aun sin identificarle, aquel hombre no era para él un desconocido. Guardó la fotografía, a la espera de conocer su nombre o algún dato sobre él más adelante.

La búsqueda terminó en una carpeta de la joven, repleta de partituras, letras de canciones y bocetos de indumentarias para actuar en público. Lo revisó con rapidez, sin encontrar nada de especial interés en todo ello. Había allí canciones muy conocidas junto a otras que el policía ignoraba totalmente, con títulos tan absurdos como «Naveguemos juntos por el río del amor», «Mi gato sobre el teclado color de rosa» o «Vertiste gotas de pasión en el combinado de mi vida». Le parecieron absolutamente ridículas y hasta cursis.

Cerró la carpeta, dejándola donde estaba, y dio por terminada la búsqueda, encaminándose a la salida, donde uno de sus hombres montaba guardia.

—Voy al Departamento —dijo al pasar—. No dejen que nadie entre aquí hasta que se haya examinado todo por nuestros peritos.

Tomó el ascensor y descendió al vestíbulo. Poco después, el automóvil oficial le conducía a través de Las Vegas, en dirección a la División de Homicidios de la ciudad.

* * *

Melissa Peters dejó de cantar, mirando pensativa hacia la entrada del local. El pianista cambió una mirada con ella, sorprendido.

—¿Qué te ocurre? —indagó—. ¿Otra vez estás cansada?

—No, no es eso —rechazó ella—. Simplemente, creí ver a alguien conocido, eso es

todo, Sam.

El pianista giró la cabeza, mirando ceñudo al recién llegado, que permanecía en el umbral del pequeño club, contemplando las sillas todavía recogidas sobre las mesas, y los taburetes apilados contra el

mostrador.

—Lo siento, señor —dijo un camarero que bruñía vasos tras la barra—. Todavía no servimos. Es muy pronto. Pero si quiere tomar una copa, no tendrá problemas para ello.

Hay al menos media docena de bares en esta misma calle, que tienen abierto hace horas.

—Está bien, gracias. No quería molestar —dijo el recién llegado, mirando fijamente a la cantante que permanecía aún sin reanudar su canción en el pequeño escenario del local—. Perdonen todos. Ya me voy. Entré aquí por azar, al oír la canción, pensando que ya estaba abierto...

—Sólo ensayaba —sonrió Melissa Peters sin dejar de mirarle.

—Ya. Bien, adiós.

—Espere —pidió ella súbitamente. Se volvió al pianista y añadió—: Es sólo unos minutos, Sam. Vuelvo en seguida.

—Está bien —refunfuñó el pianista—. Espero que alguna maldita vez terminemos con esta canción, Melissa.

Ella no le hizo caso. Bajó los tres escalones que conducían al escenario, cruzó el local y se aproximó al visitante, mirándole con curiosidad.

—Al principio me pareció conocido —dijo parándose ante él.

—¿De veras? —él arrugó el ceño, estudiándola ahora con cierto recelo—. Creo que no nos hemos visto nunca, señorita. Yo la recordaría, de haber sido así.

—Tal vez se parezca usted a alguien —comentó la joven.

—Sin duda —fue seco en su respuesta—. Ya me han confundido alguna vez con otro tipo.

Pero era un error. Es la primera vez que estoy en Las Vegas.

—Yo también —rió ella—. No le conozco de aquí precisamente. Ahora ya sé por qué su rostro me pareció familiar.

—¿Por qué? —la voz de él sonó tensa, como si se hubiera puesto en guardia.

—Tiene un cierto parecido con un actor de cine. Usted tiene que saberlo, alguien se lo habrá dicho ya. Me refiero a uno que trabaja mucho en televisión...

—Sé a quién se refiere —pareció asomar cierto alivio a la voz del desconocido, y hasta sonrió diluyendo un poco la expresión dura de su rostro de acentuadas facciones—. Ese que trabaja en *Hawai 5 O...* Jack Lord.

—Exacto —rió ella suavemente—. Oh, dirá que soy una tonta por portarme así con un desconocido. Perdóneme si le he molestado.

—Usted no podría molestar a nadie, señorita —rechazó él suavemente, moviendo la cabeza—. Le aseguro que es agradable hablar así con alguien, en una ciudad donde no se conoce a nadie. Sobre todo, si la charla es con una mujer como usted. La oí cantar antes.

Tiene una voz deliciosa y un gusto especial para interpretar las canciones...

—¿De veras le gustó? —sonrió ella—. Entonces venga, por favor. Procuraré que hagan una excepción con usted, ya que también es forastero aquí, como yo. He llegado a Las Vegas anteayer y debuto esta noche. Por eso estoy ensayando. ¡Eh, Bill! ¿Puedes servir a este cliente de modo excepcional? Después de todo, es la primera persona en esta ciudad que oye mi voz y dice que le gusta. Eso puede ser un buen augurio para mí.

—Está bien, señorita Peters —admitió el camarero de la barra—. Pase por esta vez.

¿Qué va a tomar, amigo?

—Algo que le dé poco trabajo. Whisky, por ejemplo. Sin hielo. Y sin soda.

—Eso es fácil. Aquí lo tiene. Puede tomar un taburete y acomodarse, amigo. Es un dólar. Esta noche, oír a la señorita Peters y tomarse una copa, le costará cinco —dijo con una sonrisa el camarero.

—Lo supongo —dejó dos dólares en el mostrador—. Guarde el cambio.

Se acomodó en un taburete, la mirada fija en el escenario, donde Melissa le sonreía, apoyada en el piano. Sam atacó la melodía, rezongando entre dientes:

—Es un desconocido, Melissa. Yo que tú no me fiaría de ninguno en una ciudad como ésta.

—He pensado que me traería suerte —dijo ella con un suspiro—. No sé, ha sido algo instintivo, Sam. Sabes que no me gusta coquetear con desconocidos.

El piano le dio la introducción. Melissa inició su canción suavemente, con una voz particularmente dulce y cálida, de sorprendentes matices.

El invitado escuchó atentamente toda la melodía. Aplaudió calurosamente al final. El camarero comentó junto a él:

—Usted tenía razón, amigo. Vale la pena escucharla. Pasan tantas medianías por aquí...

Esta chica, Melissa, es una buena cantante. Y bonita además.

El asintió. Era bien cierto. Melissa Peters era una muchacha encantadora, aparte su bella voz y su gusto para cantar. Esbelta, atractiva, muy joven, cabellos color de miel, ojos pardos y facciones suaves y graciosas. En una ciudad como aquélla, era igual que un soplo de aire fresco. Una pincelada de ingenuidad y dulzura en un ambiente febril y tenso.

—La felicito, señorita Peters —dijo cuando ella hubo concluido, acercándose al escenario con su vaso en la mano—. Es usted extraordinaria. La auguro un gran éxito esta noche.

—¿Lo dice de veras? —se ilusionó ella, risueña su expresión—, ¿Lo hice bien?

—Más que eso. Fue magnífico. Permita que me presente: Dave Murray. Considéreme su amigo y su principal admirador, después de haber tenido el privilegio de escucharla casi en privado, antes que el resto de la ciudad.

—Estoy convencida de que usted va a darme suerte, señor Murray. Por eso me alegra mucho que le haya gustado mi interpretación.

—No necesita que nadie le dé la suerte. Usted debe llevar la consigo, señorita Peters, se lo aseguro. Ah, y si de veras quiere considerarme un amigo de verdad, llámeme Dave cuando vuelva a verme.

—¿Volverá por aquí, Dave?

—Eso, seguro. Si puedo, esta misma noche —aseguró él con firmeza—. Me gustaría aplaudirle en su debut, señorita Peters.

—Se lo permitiré, siempre que me llame sólo Melissa, amigo Dave —replicó ella, tendiéndole su mano.

Murray se la estrechó con una sonrisa. Antes de dirigirse a la salida, dejó el vaso vacío sobre el mostrador y se despidió de la muchacha:

—Hasta la próxima. Melissa. Le deseo suerte de todo corazón. Y gracias por este regalo.

Abandonó el club, cerrando suavemente tras de sí. Ya desde la calle, oyó de nuevo las

notas del piano y la voz de Melissa Peters, iniciando otra canción. Sus duras facciones mostraron una repentina suavidad, como si algo las dulcificara por un momento. Sus ojos brillaron.

—Bonita muchacha —comentó entre dientes—. Será mejor no acercarse demasiado a ella. No quisiera causarle el menor daño... y yo no doy demasiada suerte a quienes me conocen, la verdad.

Se alejó por la calle, con paso lento, las manos en los bolsillos, evocando la melodía que la muchacha acababa de entonar. No llegó a ver, entre las fotografías que anunciaban la actuación de Melissa Peters, aquella noche en el club, una en concreto, mezclada entre las demás que ocupaban las dos vitrinas del local, que hubiera provocado sin duda un sobresalto en Murray.

En esa fotografía, Melissa Peters aparecía en un escenario de San Francisco de California, saludando al público tras un *show* musical. Junto a ella, tomándole la mano mientras saludaba, se hallaba una hermosa y escultural mujer rubia, de inconfundible aspecto.

Se trata de Diana Van Doll, la cantante asesinada la noche antes.

* * *

Desde el aire, las bombas de napalm caían violentamente en la jungla, llevando sobre las aldeas y poblados vietnamitas una oleada de muerte abrasadora, capaz de fundir las plantas y de provocar espantosas quemaduras en los seres humanos.

El aire todo olía a espesura ardiente, a carne quemada, a gasolina y a explosivos. Los vietcongs retrocedían en toda la línea, mientras las

patrullas de boinas verdes avanzaban, arrasándolo todo, para facilitar el avance del grueso de las fuerzas norteamericanas.

Era como moverse en un denso infierno de horror y de muerte, donde los alaridos de los moribundos y los gritos roncacos de los luchadores de ambos bandos, espoleados por la furia de la batalla, y muchos de ellos animados artificialmente mediante drogas alucinógenas que les hicieran más fieros y violentos, se enfrentaban en un desesperado combate que sólo podía terminar con el aniquilamiento de uno de los dos bandos.

Y, por supuesto, en aquella desigual batalla, sólo un bando podía ser superior al otro, a pesar de las tácticas de guerrilla del más débil: ése era el norteamericano, con todo el despliegue de poderío bélico, de armamento sofisticado y de hombres bien equipados, en lucha contra grupos de vietcongs mezclados entre la jungla.

Así, arrolladoramente, aunque dejando muchas bajas en el camino, daba la feroz resistencia de los vietnamitas del Norte contra el invasor americano, los soldados yanquis iban rompiendo el frente, aislando grupos de guerrilleros en el bosque, y arrasando poblados indígenas, la mayoría de ellos refugio natural de sus enemigos, cuando no habían sido ya los rugientes bombarderos los que dejaron sin rastro de vida la zona masacrada desde el aire.

El soldado de infantería de Marina, Dave Murray, era uno de los combatientes en la desigual y terrible batalla. Su fusil automático rugía rabiosamente, escupiendo proyectiles sobre la espesura, abatiendo a enemigos agazapados en árboles o en el bosque, prestos a caer sobre las tropas en ofensiva.

Finalmente, el avance se frenó ante una hilera de casuchas lacustres, en una zona pantanosa, repleta de mosquitos y con hedor a aguas estancadas. El calor y la humedad eran allí terribles, y el fuego mortífero de baterías, aviones, buques y unidades de infantería, no hacía sino incrementar ese clima infernal que se respiraba en el dantesco escenario bélico.

Los guerrilleros vietcong parecían haberse hecho fuertes en aquel poblado lacustre, entre las chozas de cañas, sus soportes hundidos en el agua pantanosa, y la vegetación espesa que circundaba el villorrio.

En aquella zona, la arboleda era muy alta y frondosa, lo cual impedía que los aviones descubriesen con facilidad el poblado y lo atacasen eficazmente. La lucha se endurecía por esa causa hasta límites

increíbles.

Pero finalmente, el poderío militar de los norteamericanos se sobrepuso a la dura resistencia enemiga, como no podía ser de otro modo. Las líneas de los guerrilleros vietnamitas fueron rotas, y éstos se dispersaron, evacuando el pueblo, camino de la jungla.

El grueso de las tropas les siguió, en una operación de caza implacable. Murray también iba a seguirles con los demás, cuando una voz de mando le detuvo:

—¡Cabo Murray, usted aquí! ¡Y ustedes, soldados Baker, Adams, Cabot y McGrogan, también! ¡Vengan aquí, no sigan a los demás! Hay que limpiar el pueblo de enemigos,

¿está claro? Vamos a la tarea...

Hablaba el teniente Carson, Joven, duro, agresivo, posiblemente tan drogado o más que todos ellos, para pasar insensible sobre aquella carnicería espantosa, como movido por una fuerza telúrica que superaba toda voluntad humana. Le siguieron. Una orden era una orden. No cabían desertiones ni desobediencias en aquel lugar. El fusilamiento inmediato y sin juicio del desertor o del indisciplinado, era el final rápido de cualquier intento semejante.

Los seis hombres, con el oficial Carson a la cabeza, avanzaron sobre las casuchas lacustres. Unas ráfagas de metralleta disparadas sobre las cabañas y unas órdenes secas y tajantes, pronunciadas en vietnamita por el oficial, pronto hicieron salir de sus madrigueras a los vietnamitas ocultos en las viviendas.

Murray y los otros soldados se quedaron desconcertados. No había entre aquella gente de rostros amarillos y asustados ni el menor rastro de soldados vietcong. Eran sólo ancianos, mujeres, niños macilentos y enfermizos...

El teniente agrupó a todos en una plataforma sobre pilares de madera hundidos en la ciénaga. Eran un total de veinte o veinticinco entre todos ellos. Amedrentados, encogidos, se hacinaban formando una piña, mirando con terror a los subfusiles automáticos repletos de munición que asestaban sobre ellos.

—Como ve, señor, nada peligroso —dijo Murray, relajándose y bajando el arma—. Sólo ancianos, niños, mujeres...

—¡Cabo Murray, silencio! —bramó el teniente Carson, con ojos

centelleantes y rostro contraído—. ¡Soy yo quien debe decidirlo, no usted! Todos estos son vietcongs, enemigos despiadados. No importa su edad o sexo. Todos son guerrilleros en potencia. De modo que no dejemos al enemigo a nuestras espaldas. Cabo Murray, ¡fuego sobre ellos!

—Pero, señor... —horrorizado, Dave Murray contempló al oficial pensando que estaba

sólo poniendo a prueba sus nervios—. Supongo que será una broma...

—¿Esta guerra es una broma? —rugió el oficial—. ¿Lo son los muertos que sufrimos por culpa de estos malditos amarillos de cara de mono? ¡Es una orden, cabo! ¡Cúmplala inmediatamente... o yo mismo dispararé sobre usted! ¡Fuego sobre esa gente! ¡Usted es el encargado de fusilarles ahora mismo! ¡Dispare o le mato, cabo Murray! ¡Dispare!

Dave Murray tragó saliva. Sintió temblar todo su cuerpo cuando ¡levó el dedo al gatillo y apuntó a aquel miserable grupo de seres indefensos que le miraban sin entender...

Entonces despertó.

Siempre despertaba en el mismo momento. Bañado en sudor, agitado, convulso, notando una intensa fiebre en todo su cuerpo.

Casi cayó de la Cama. Se precipitó sobre la mesilla, tomó unas cápsulas del medicamento con quinina que se veía obligado a tomar desde el infierno de Vietnam.

Casi derramó la botella de agua al ingerirlas. Resopló, quedándose sentado en la cama, con los ojos clavados en la penumbra, como contemplando la lejana, vaga imagen del grupo de ancianos, mujeres y niños vietnamitas hacinados ante su arma automática...

Cerró los ojos. Tembló.

Era difícil recordar el resto. Tal vez no quería recordarlo.

Pero sí recordaba, desgraciadamente, el fin de todo aquello. El grupo de inofensivos y asustados seres de piel amarilla, los niños, los viejos, las mujeres precozmente envejecidas por el hambre y la miseria, tendidos en el suelo, sobre un enorme charco de sangre, cosidos a balazos...

—Yo... yo les maté... —jadeó, con voz ronca, llevándose las manos

temblorosas al rostro, hundiendo sus dedos en él, despavorido—. Yo lo hice... sólo porque había que obedecer... Yo lo hice, Dios mío... Maté entonces... como tengo que matar ahora. Porque tengo que hacerlo...

Y lloró. Lloró como un niño, convulso y desesperado, sabiendo que aquel día en Vietnam, había muerto un Dave Murray, para dar paso a otro radicalmente distinto. Al Dave Murray que ahora estaba en Las Vegas para matar a otro hombre.

Se puso en pie lentamente. Abrió las cortinas. El sol del atardecer penetró por el ventanal en su apartamento. Había dormido varias horas, porque esta noche posiblemente no tendría tiempo para dormir. Pero se encontraba peor que antes.

Y no quería dormirse de nuevo. No quería, porque estaba seguro de que otro sueño terrible iba a provocarle nuevas angustias. Esta vez no sería una pesadilla sobre su época de Vietnam y la matanza atroz del pueblecito lacustre, sino otra clase de mal sueño, con médicos inclinados sobre su cuerpo, bisturíes helados que penetraban en su carne, desgarrándole el rostro, convirtiéndolo en una dolorosa pulpa informe y sanguinolenta...

No, eso no. Dave Murray no quería tener ese sueño.

CAPITULO IV

—De modo que el tipo escapó, después de matar a Duke.

—Sí, patrón. No pudimos evitarlo. La rubia estaba muerta y el tipo iba armado con una pistola automática del 45. Además, sabía dispararla, la verdad.

—Sí, imagino que no la llevaba de adorno, ni de regalo de Navidad para un sobrinito —

el otro paseó por la habitación agitadamente para, de repente, encararse con los dos pistoleros y bramar de forma inesperada—: ¡Imbéciles, malditos imbéciles los dos!

—Pero, patrón... —protestó uno débilmente.

—¡Callaos! —volvió a sus agitados paseos—. No sólo matáis a la rubia ante testigos, sino que el tipo se permitió liquidar a Duke, vosotros dejáis allí su cadáver para que la policía pueda identificarlo, y no se os ocurre esperar al fulano para seguirle y, cuando menos, saber dónde encontrarlo.

—Fue todo tan rápido... El tipo fingió ser otro, la chica al verle, hubo jaleo entre los dos, y nosotros intervenimos para evitar que la chica hablase.

—¿Y estáis seguros de que no habló? ¿Estaba realmente muerta cuando os largasteis como dos ratas asustadas?

—Bueno, ella parecía muerta y bien muerta... —argumentó uno, con torpeza.

—«Parecía», ¿eh? --bramó su jefe, colérico—. No me basta con que las cosas

«parezcan», sino que «sean», ¿está claro?

—Sí, pero...

—Nada de peros. Al menos recordaréis al fulano, imagino...

—Pues, sí, la verdad. Tenía una cara muy especial, con personalidad...

—Yo diría que se parecía a un actor de cine —apoyó el otro débilmente.

—Imbéciles... Siempre estáis comparando con las películas. Que si Diana Van Doll se parecía a Marilyn Monroe, que si aquél se parece a fulano de tal...

—No, no, es cierto. Ese tipo tenía un gran parecido con un actor de la televisión, ese de la serie *Hawai*, patrón...

—¿Ah, sí? —el otro se paró en seco, mostrando extrañeza—. ¿A «ése» se parecía?

—Sí. Y mucho. Pelo más oscuro, más ondulado... Algo más duro de gesto, pero se parecía bastante... Yo diría que era una mezcla de ese tipo y de Bogart en joven...

—Esperad —dijo bruscamente el jefe, dirigiéndose a un mueble metálico—. ¿Podríais hacer un retrato-robot?

—¿Un qué?

—Un retrato imaginario, estúpidos. A base de láminas de plásticos —resopló el jefe, abriendo el mueble de metal—. He copiado el sistema de la policía y me va bien a veces.

Id recordando detalles. Reconstruiremos al individuo en cuestión... y ojalá no os hagáis un lío con tanto artista de cine como tenéis en la cabeza. No me gustaría que saliera al final Grocho Marx, porque os volaría la cabeza a tiros en tal caso.

Comenzó el juego. Los pistoleros parecieron encontrarlo divertido. Y, pese a los recelos de su jefe, la cosa marchó bastante bien.

Al final, el retrato obtenido mediante fragmentos faciales superpuestos en plásticos diversos, se asemejaba a lo que ellos dijeran. Si jefe contempló la obra, emitió un gruñido

y conectó el teléfono.

—Quiero hablar con la Agencia de Detectives Barnum, de Las Vegas —dijo escueto—.

Es muy urgente.

Y siguió contemplando el retrato-robot obtenido.

Creía conocer a aquel hombre. Y no precisamente a través del cine ni la TV.

El teniente Foster, de Homicidios, terminaba más o menos a la misma hora una tarea parecida con su testigo, el conserje de los apartamentos donde muriera Diana Van Doll.

De haber compaginado ambos resultados, posiblemente tanto el policía como el jefe de los dos pistoleros se hubiera llevado una gran sorpresa, porque el producto final era idéntico o poco menos. El mismo hombre aparecía nítidamente dibujado a través de esas placas superpuestas cuidadosamente, con minuciosidad de analista.

En ambas, por supuesto, el rostro obtenido era el de un hombre llamado Al Ace Murdock. O también Dave Murray. Sólo que ninguno de los dos parecía identificar en principio al personaje en cuestión.

—Hay que difundir ese retrato por toda la ciudad —dijo el teniente Foster a sus hombres—. Tiene personalidad. De modo que puede resultar fácil la búsqueda, muchachos. Enviad una copia a Washington, por si acaso. Y otra a la capital del Estado.

Todo será poco, con tal de dar caza a un asesino. Ya tenemos bastantes problemas en esta ciudad, para que venga un forastero a complicarnos más las cosas...

Los agentes asintieron, apresurándose a enviar el original del retrato-robot al Departamento de identificación para difundirlo adecuadamente por Las Vegas.

El teléfono sonó. Foster descolgó, identificándose a su interlocutor. Este, a su vez, dijo pertenecer a Homicidios de Los Angeles, California.

—Es sobre los datos que nos han pedido de esa cantante muerta en Las Vegas, Diana Van Doll —le dijo el policía californiano—. Dispongo de algunos, no muchos.

—Adelante, colega —invitó Foster—. Por poco que sea, ya supondrá algo más de lo que nosotros tenemos aquí, que no es demasiado.

—La chica no era ningún portento, la verdad. Trabajaba en locales mediocres. Había estado en San Francisco, en un *show* llamado «Galaxia Musical», un bodrio de escaso éxito, donde sólo una tal Melissa Peters, una cantante joven y fresca, tuvo un éxito notable. Aquí, en Los Angeles, actuó con más pena que gloria, en otro espectáculo de escasa calidad.

Pero nos consta que rompió su contrato antes de tiempo, desapareciendo de la ciudad sin previo aviso. Sus empresarios aquí dicen que la última noche parecía realmente amedrentada, y que suponen que escapó de alguien o de algo. Pero como lo cierto es que no tenían especial interés en respetar su contrato hasta el fin, ni siquiera pensaron en reclamar legalmente contra ella. ¿Eso le dice algo, teniente?

—Poco, pero significativo. Sin duda tenía miedo a alguien. Y aquí la encontraron y la asesinaron. ¿No puede darme más ayuda al respecto? ¿Algo más sobre ella o sobre algún amigo suyo en especial?

—No, lo siento. Al no ser una chica importante, nadie se preocupaba de sus relaciones

personales. Aunque, como todas las artistas, es de suponer que tendría una intensa vida íntima, y más siendo una mujer físicamente atractiva... De todos modos, le tendré al corriente de cuanto averigüe, teniente Foster.

—Gracias por todo. Ya hablaremos. Pero no abandonen este caso, por favor.

Colgó, pensativo. No aclaraba nada, pero algo podía estar claro: la muerte de la Van Doll no tenía su origen en Las Vegas, sino en California. Habría que investigar en ese terreno. Hasta donde fuese posible.

* * *

El hombre del maletín se detuvo frente al edificio de apartamentos. Miró con cierta extrañeza a los coches-patrulla parados ante el edificio, así como al agente de uniforme que montaba guardia en la entrada. Pareció ligeramente incómodo y tragó saliva, vacilante.

Echó una ojeada a ambos lados de la calle, parado en la acera opuesta. Sus ojos recorrieron la fachada de la casa, deteniéndose en el piso quinto. La hilera de vidrieras iguales no pareció decirle nada. Frunció el ceño, indeciso.

Por fin se decidió a penetrar en una cabina telefónica.

Consultó una agenda y marcó un número. El timbre sonó al otro extremo del hilo. Alguien levantó el auricular y se estableció la comunicación.

—Apartamentos Nevada —dijo una voz monocorde—. ¿Quién llama?

—Por favor, ¿la señorita Van Doll? —inquirió el hombre de la cabina.

—¿Quién llama?

—Un amigo suyo de California. Es una llamada de larga distancia —mintió el del maletín, secamente—. Deseo hablar con ella en seguida.

—Lo lamento, señor. La señorita Van Doll sufrió un... un accidente. Bueno, siento darle malas noticias. Acaban de restablecernos la normalidad telefónica hace un rato. Hubo un asalto armado a este edificio y ella... ella resultó muerta. ¿Puede darme su nombre, señor? Tal vez la policía tenga interés en hablar con usted...

Muy pálido, el hombre colgó con rapidez. Se quedó un largo rato silencioso, como meditando sobre la horrible noticia que acababan de darle.

—Muerta... —jadeó—. Dios mío..., no.

Tras la larga vacilación, descolgó el teléfono de nuevo. Esta vez sí llamó a larga distancia. A California. La operadora le indicó las monedas que debía depositar. El rechazó esa petición, solicitando cobro revertido. Tras una vacilación, la telefonista estableció la comunicación, preguntando al hombre de Las Vegas:

—¿Quién le digo que llama al abonado, para ver si confirma el pago de la llamada?

—Doctor Irwin Korvin, desde Las Vegas, señorita. Es urgente, no pierda el tiempo. El abonado es Randsome, Los Angeles —y añadió el número de teléfono y su domicilio en la ciudad.

Al fin pudo hablar con el multimillonario agitadamente, exponiéndole que Diana Van Doll había muerto en Las Vegas. Hubo un silencio al otro extremo del hilo.

—¿Quién la mató, doctor? —quiso saber la voz grotesca de Hickox, todavía más extraña

a través del hilo telefónico.

—No lo sé, señor Hickox. Sólo sé lo que me han informado en ¡os apartamentos donde me esperaba ella. Hay policía ante la casa. ¿Qué ha podido suceder?

—Maldita sea, no me gusta eso, doctor Korvin. Si por culpa de esa fulana nos vemos en algún lío, le haré responsable de esto. Ahora cuelgue. Ya comunicaremos más adelante de forma segura. ¿Dónde se aloja?

—Todavía en ninguna parte, señor. Iba a reunirme con Diana cuando supe lo de...

—Bien, bien. Alójese en el Flamingo Hilton. Yo pagaré su factura. Estableceremos contacto en su momento. Páseme la cuenta de sus gastos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, señor. Tal vez no ocurra nada con todo esto, pero pensé...

—Pensó bien. Pero en lo sucesivo, hágalo antes de meterse en jaleos, doctor. Buenas tardes.

Se cortó la comunicación. El doctor Korvin se humedeció los labios, pensativo, y salió de la cabina, tomando un taxi, al que dio el nombre de Flamingo Hilton. El taxista asintió, dirigiéndose a Las Vegas Boulevard South, en cuyo número 3555 se hallaba ubicado el lujoso hotel mencionado por Hickox.

Una vez en él, se registró con su nombre, de doctor Irwin Korvin, y le dieron una de las suntuosas habitaciones del recinto. Pero inmediatamente, el conserje releyó el registro hotelero, observó el nombre del cliente y llamó a un determinado número.

—Pónganme con el teniente Foster —pidió—. Es urgente.

El oficial de Homicidios atendió la llamada. El conserje informó, escueto:

—Aquí el hotel Flamingo Hilton. Se acaba de alojar un hombre que se ha registrado con el nombre de doctor Irwin Korvin, de Los Angeles, California. Creí que podría interesarle, teniente.

—Me interesa y mucho. Gracias —el oficial reveló su interés por la noticia—. Enviaré a uno de mis hombres de paisano para que vigile disimuladamente a su cliente. No tema, no habrá escándalo alguno en el hotel. Gracias por todo.

Colgó. El teniente Foster revisó con sumo interés el dossier sobre la muerte de Diana Van Doll. En efecto, entre las declaraciones del conserje de noche golpeado, figuraba la referencia al nombre que

había dado el visitante que pudo atacar a la rubia cantante: Irwin Korvin. Por eso había hecho circular previamente tal nombre por todos los hoteles y edificios de apartamentos de la ciudad. La cosa había resultado.

* * *

Dave Murray caminaba bajo las radiantes luces nocturnas de Las Vegas, de casino en casino. Era un recorrido fascinante para un turista. Pero aburrido y monótono para él, que no buscaba en el placer del juego y en el riesgo de perder o ganar emoción alguna.

Buscaba simplemente a un hombre.

Un hombre con quien ya le habían confundido en dos sitios distintos. Un *croupier* del Caesar's Palace y una chica de cortísima falda que servía bebidas en el Tropicana, le habían sonreído, cordiales, llamándole «señor Murdock». En el cerebro de Dave había brillado una luz roja. Y había sentido el deseo de matar, más acentuado que nunca. En

ambos casos se limitó a hacer un gesto ambiguo y alejarse rápidamente de ellos.

Evidentemente, el jugador Ace Murdock no era un desconocido en el ambiente nocturno de la ciudad del juego. Pero no lograba dar con él, quizá porque encontrar a un determinado jugador en Las Vegas era como buscar un determinado grano de arena en la playa. Los salones estaban repletos de gente enloquecida por el afán de jugar, desde las máquinas tragaperras hasta la ruleta, pasando por el *black-jack*, los dados y los naipes.

Miró su reloj, impaciente. Deseaba ver esta noche el debut de Melissa Peters, la gentil muchacha de aquel pequeño club del bulevar, pero antes quería localizar, de una vez por todas, al hombre por cuya causa se encontraba en Las Vegas.

Penetró en el Golden Nugget y se detuvo en dos máquinas tragaperras, con tan buena fortuna que hizo *jackpot* en una de ellas a la tercera moneda depositada en la ranura. Una cascada de niqueles, casi cincuenta dólares, fluyeron a sus manos con rapidez, como una plateada lluvia de dinero.

Recogió las monedas, mientras otros jugadores cercanos le miraban con envidia. Unos zapatos de charol estaban parados ante él cuando recogía la última moneda. Un pantalón negro impecable, de smoking,

seguía a ese calzado pulcro y bruñido.

—Buena fortuna, amigo —dijo una voz jovial—. Llevaba más de una hora en esa máquina, fui a tomar algo al bar... y usted hizo el pleno. Le felicito.

Se incorporó lentamente Dave. Y se quedó mirando al otro, estupefacto.

Su interlocutor también le miró, sin dar crédito a sus ojos.

Ambos eran físicamente idénticos. Como dos gemelos. Como dos gotas de agua.

Dave Murray supo que había encontrado a su hombre. Aquel era Al Ace Murdock.

Y ahora tenía que matarle.

CAPITULO V

—Que me ahorquen si lo entiendo... —murmuró el jugador, perplejo—. Usted... usted es *igual* que yo. ¡Somos exactamente iguales los dos! ¿Quién es usted, amigo?

Dave reaccionó. Miró en torno suyo, incómodo. La gente, por fortuna, había vuelto su atención a las máquinas. Nadie miraba a aquellos dos hombres tan increíblemente parecidos.

—Se lo explicaré —dijo sordamente—. Precisamente he venido en busca suya, Murdock. Es importante que hablemos.

—Vaya, esto sí que es sorprendente. ¿Me conoce, además?

—Le conozco, sí. Es una larga historia. ¿Podemos hablar en algún sitio apartado y, sobre todo, solitario?

—Desde luego —miró en torno—. Aquí, ciertamente, no. Demasiada gente y demasiado barullo. Vamos fuera. Tengo mi coche aparcado enfrente del edificio. Dentro podemos hablar los dos. ¿Le parece bien?

—Me parece magnífico, sí —asintió Dave Murray con frialdad.

Se encaminaron a las grandes puertas vidrieras de la salida. La cegadora luz multicolor de calles y anuncios les envolvió en un halo irreal. Eran luces que permitían ver la ciudad de Las Vegas a más de cincuenta millas de distancia. Cruzaron la amplia calzada, hasta el

aparcamiento. Un coche rojo, con matrícula de Nevada, era el de Ace Murdock. Evidentemente, bien el juego o bien las mujeres, le permitían a Murdock unos lujos de millonario.

El abrió la portezuela. Entra

ron. El jugador lo puso en marcha. Comenzaron a rodar lentamente por la ciudad.

Dave estaba sombrío. En su mente, la idea fija era como un martilleo: matar, matar, matar...

Su doble le miró de soslayo, sin dejar de conducir:

—Bien —dijo—. Espero sus explicaciones, ¿Por qué quiere hablar conmigo? ¿Por qué nos parecemos tanto usted y yo y de qué me conoce?

—Son muchas preguntas para empezar.

—Está bien, responda las que quiera y como quiera. Usted me intriga, señor...

—Murray. Dave Murray —dijo éste con frialdad.

—Bien, Murray. ¿De dónde procede usted?

—De California. Los Angeles.

—Los Angeles... Entiendo. ¿Oyó hablar de mí allí?

—Sí. He veri ido a Las Vegas en su busca.

—Vaya, eso tiene gracia —le miró curioso—. ¿Quién le habló de mí?

—Algunas personas. Entre ellas, un hombre llamado Randsome Hickox.

—¡Hickox! —le contempló ahora con desconfianza, sobresaltado. El coche hizo una pequeña pirueta cuando perdió por un instante su control, para recuperarlo en seguida—. Eh, eso no me gusta. No me gusta Hickox. Ni me gustan sus amigos.

—Hace bien en no gustarle --dijo Dave con voz helada—. He venido a matarle, Murdock.

Y extrajo su potente, voluminosa automática, apoyándola en el cuerpo

del hombre que era su perfecto duplicado.

Esta vez, casi se saltan el bordillo de una acera, tal fue la sorpresa del conductor.

Repentinamente pálido, Murdock miró a su acompañante con terror. Dirigió una ojeada a la pistola y humedeció sus labios repetidamente.

—Dios mío —jadeó—. ¿Está usted loco?

—¿Lo parezco acaso? —sonrió el hombre que tenía su mismo rostro con helada expresión.

—No, eso es lo raro. Parece normal. Incluso «demasiado» normal para disponerse a matar a alguien. ¿Es usted un pistolero, un asesino a sueldo, Murray?

—No. Anoche maté a un hombre, pero no soy un asesino. El había matado antes a una mujer, e iba a matarme a mí. A la mujer quizá la conociera usted: Diana Van Doll, una cantante.

—¡Diana Van Doll! —las manos de Murdock se agarrotaron al volante—. Cielos, era una chica de cabaret en Los Angeles... La vi una vez con Rip Hoggart, el socio de Hickox... ¿Por qué la mataron?

—No lo sé. Sabía algo que no querían que dijese. Creí que estaría con usted en esta ciudad. O cerca de usted. También se relacionaron los dos, ¿no?

—Pero muy poco. Sólo superficialmente. En eso se equivocó, Murray —el jugador tragó saliva—. No es posible que piense matarme. ¿De verdad va a hacerlo?

—En cuanto estemos en un sitio más oscuro y desierto. Siga conduciendo o le mato aquí mismo.

Murdock no dijo nada. El coche continuaba rodando por los bulevares bañados de luz y repletos de gente. Un sudor frío empapaba la piel del doble de Murray.

—¿Por qué se parece tatito a mí? —jadeó—. Eso no es normal tampoco.

—No lo sé. Pero detesto este rostro. Deseo destruirlo. En usted, al menos, podré hacerlo. Detesto verlo en un espejo, en cualquier parte.

—Si no fuese porque sus ojos son los de un hombre normal, diría que

es usted un psicópata, Murray. ¿Por qué tiene que matarme, si no nos conocemos? Es lo que no puedo entender en modo alguno. Si es una orden de Hickox, dígame que dejaré a su mujer, a su hija, a todas, pero que me deje en paz y pueda irme lejos...

—No es orden de Hickox. Sencillamente, tengo que matarle. Es todo.

—¿Sin... sin motivo? —susurró Murdock horrorizado.

—Sin motivo —asintió Murray tranquilamente.

—Dios mío, está usted loco... —gimió el jugador.

Iban dejando atrás el centro urbano. Las calles se hacían más oscuras y menos concurridas. El bullicio de los casinos quedaba atrás. La pistola de Murray se clavaba en el costado de Murdock. Era como si un hombre encañonara a su imagen en el espejo. Pero esta imagen era corpórea, de carne y hueso, totalmente real y viva.

—Supongo que será inútil tratar de razonar con usted... —murmuró Murdock.

—Del todo. Siga. Estamos llegando a buen sitio...

Asintió el jugador. Su rostro de duras facciones, totalmente tenso, con gotas de sudor sobre la epidermis, era una máscara de angustia y desesperación.

De súbito, reaccionó. Era jugador, y se lo jugó todo a una carta. Pisó a fondo el acelerador, y el coche rojo se lanzó como un bólido, saltando la acera y enfilando hacia una larga serie de setos que delimitaban los parterres de unos edificios de lujosos apartamentos. Al mismo tiempo, abrió la portezuela y se arrojó del vehículo en marcha.

Dave Murray se quedó sorprendido. Disparó el arma, pero Murdock ya no estaba allí con él. Y el coche, sin control, se dirigía como una centella hacia los setos.

Tuvo el tiempo justo de abrir la portezuela y arrojarle de cabeza a los setos, mientras el vehículo penetraba a través de éstos, destrozándolos y empotrándose con un estruendo formidable de metal retorcido y vidrios rotos contra la fachada del edificio.

Murray rodó por el césped, maldiciendo entre dientes la audaz maniobra del jugador, sin soltar su arma ni un instante. Voces y gritos de alarma salían ya de la casa donde se empotrara el vehículo. El se

incorporó, notó que estaba ileso, y echó a correr hacia la calzada, en busca de Murdock.

No vio el menor rastro de él. Ya no estaba tendido en el asfalto, ni era visible por parte alguna. Evitó que algunos coches que pasaban rápidos le atropellaran y buscó con ojos furiosos cualquier indicio que le permitiera adivinar el rumbo tomado por su acompañante. No lo encontró. Cualquier calle, cualquier portal, cualquier zona ajardinada, podía servirle de refugio a Murdock. Y no podía quedarse allí más tiempo.

En breve llegarían coches-patrulla de la policía. La gente empezaba a salir de los edificios colindantes, aproximándose al lugar del accidente. Optó por guardar su arma y alejarse con paso rápido, mientras mascullaba entre dientes:

—Le encontraré de nuevo. Le encontraré... ¡y lo mataré!

* * *

Melissa terminó de cantar «El gato sobre el teclado de color de rosa». Era una balada entre ingenua y picara, que ella sabía matizar muy bien con su cálida y sedosa voz.

Los espectadores que casi llenaban el local, estallaron en una ovación merecida. Dave Murray unió sus aplausos a los de los demás, mirando complacido a la joven artista, que le sonrió desde el escenario. Luego, tomó un sorbo de whisky, tratando de concentrarse en el espectáculo que presenciaba y olvidar otros sucesos de aquella misma noche.

—¿Le gustó, Murray?

Se volvió. La joven, con su mezcla deliciosa de candor y de juvenil sensualidad, se encontraba a su lado. El pianista entonaba unos blues de interludio y la gente charlaba en las mesas de sus cosas. Se apresuró a apartarse, dejándole sitio.

—Por supuesto. Mucho más aún que en el ensayo. Es usted maravillosa, Melissa.

—Gracias por el cumplido. Yo, sin embargo, creo que si tengo éxito hoy, es porque usted me ha dado suerte, Murray.

—Tonterías. Usted no necesita que nadie le dé suerte. Triunfará por sí sola, estoy seguro —sonrió Dave—. ¿Qué va a tomar para celebrar el triunfo?

—Nada de alcohol mientras actúo. Zumo de naranja —pidió al barman—. ¿Va a quedarse a toda mi actuación?

—Es posible. Esta noche no creo que tenga nada más que hacer —dijo Dave pensativo, recordando a Murdock cuando se vio fugazmente a sí mismo en un espejo de las anaquelerías del mostrador—. Sí, creo que me quedaré hasta el final, Melissa.

—Eso será estupendo. En la segunda parte interpreto mejores canciones. La verdad es que ésa del gato en el teclado color de rosa no me gusta demasiado, pero una antigua

compañera mía, en San Francisco, la elogió mucho e incluso la incorporó a su propio repertorio, aunque cambiándole ligeramente la letra. En vista de ello la canto a veces, pero sigue sin entusiasmarme. ¿A usted le gustó?

—Es graciosa y tiene cierta ingenua picardía que la hace divertida.

—¿Lo ve? Es lo mismo que dijo Diana.

—¿Diana? —frunció el ceño Dave, mirando a la muchacha, que saboreaba su zumo de naranja.

—Sí. Diana Van Doll, la chica con quien trabajé en San Francisco...

Dave Murray se puso rígido. Diana Val Doll...

—¿Ella fue compañera suya? —preguntó roncamente.

—Sí —Melissa le' observó, sorprendida—, ¿La conoce acaso?

—La vi una vez. Creo que actúa en Las Vegas también —dijo precipitadamente Dave.

—Oh, no lo sabía... Intentaré verla, si es así. Es una buena chica, aunque algo alocada. Y

le gustan demasiado los hombres.

—¿A usted no? —preguntó Murray por preguntar algo.

—Sólo lo preciso —rió ella con tono risueño—. Pero no me fío de ninguno.

—¿Ni de mí?

—Es curioso, pero de usted sí me fiaría.

—No lo haga —la aconsejó bruscamente él—. Es un buen consejo, Melissa.

Ella iba a responder algo, cuando una voz habló cerca de Dave Murray, a sus espaldas:

—Soy el teniente Foster, de Homicidios. Quisiera hablar con Melissa Peters, por favor...

Se quedó helado. Por uno de los espejos, descubrió a un hombre vigoroso, vestido de paisano, en compañía de otro hombre, hablando con un camarero a menos de cinco yardas de él. El empleado señaló hacia ellos en ese momento.

—La señorita Peters está allí en la barra, con aquel caballero... —informó.

Dave hubiera querido que el suelo se lo tragase. El policía, escoltado por su compañero, avanzaba ya hacia ellos. Le dio la espalda. Pero aun así, era inevitable que, al hablar con Melissa, le viera el rostro. Observó que llevaba un periódico doblado en la mano.

—Disculpe —dijo a la muchacha—. Vuelvo en seguida.

Se alejó rápido, hacia los servicios, dejando sola a la muchacha. Melissa asintió, justo cuando la voz de Foster la interpelaba suavemente:

—¿Señorita Peters, por favor? —y al volverse ella, le mostró una placa—. Teniente Foster, de Homicidios. Perdona que la moleste en estos momentos, pero averigüé hace un par de horas que trabajaba usted aquí, y decidí venir a verla cuanto antes.

—¿En qué puedo servir a la policía, teniente? —quiso saber ella, curiosa.

—Quizá en nada, pero será mejor salir de dudas. ¿Fue usted compañera de una cantante llamada Diana Van Doll?

—Sí, en San Francisco, en un show que no tuvo gran éxito...

—Lo supongo. Creo que era usted lo mejor de ese show.

—Es muy amable, teniente. ¿A qué viene esa pregunta?

—¿Es que no lo sabe?

—¿Saber qué?

—Esto —suspiró el policía, desplegando ante ella el periódico—. Lo siento. No debería saberlo así, pero no hay otro remedio, señorita Peters... Es la última edición de la tarde.

Ella se quedó como hipnotizada, llena de repentino horror, leyendo la primera página del periódico que le mostraba el policía. Sus titulares eran todo un impacto visual para la muchacha:

«CANTANTE ASESINADA. DOLLY VAN DOLL Y UN PISTOLERO,
MUERTOS EN EXTRAÑAS

CIRCUNSTANCIAS»

—¡Muerta! —jadeó—. Dios mío, pobre Diana...

—Es horrible, sí. La mataron de un disparo. También a un hombre que fingía ser viajante de comercio y que ha resultado ser pistolero profesional, según informes del FBI.

Como ve, un feo asunto. ¿Sabía algo de su ex compañera que pueda ayudarnos en algo?

—No, me temo que no. Como le decía a... a mi acompañante hace unos momentos, era una buena chica, aunque algo alocada y demasiado mezclada con hombres diversos, pero no sé gran cosa de ella, teniente. Me gustaría ayudarles, pero ignoro en qué forma...

—No se preocupe —suspiró el policía—. Hubiera sido demasiada suerte que usted conociera los asuntos de su ex compañera. Por cierto, ¿quién es su acompañante, con el que estaba hablando de Diana Van Doll?

—Oh, estaba aquí hace un momento. Fue a alguna parte, a los servicios creo... No tardará en volver... —tomó el diario, todavía impresionada, lo desplegó totalmente, y contempló la primera plana con curiosidad.

Inmediatamente, un dibujo atrajo su atención. Ocupaba el ancho de dos columnas, junto a una fotografía de Diana Van Doll, y correspondía al retrato-robot de alguien que le era conocido. Lo señaló, ocultando su agitación lo mejor posible.

—Y este hombre... ¿quién es? —quiso saber, con voz insegura.

—El supuesto asesino de Diana Van Doll, señorita Peters —explicó el policía—. Se ha confeccionado a través de un testigo que vio a ese hombre entrar en la casa donde ella vivía unos minutos antes de su muerte, pistola en mano y con modales muy violentos...

—Cielos... —susurró la muchacha, sintiéndose mal.

¿Le ocurre algo? —se apresuró a preguntar Foster inclinándose hacia ella.

—No, no, nada... —musitó ella roncamente—. Nada, teniente. Es que la noticia ha sido tan espantosa...

El policía no dijo nada. Frunció el ceño, miró el retrato-robot y luego tendió el diario, con súbito presentimiento, al barman del club.

—¿Ha visto en alguna ocasión a este hombre? —indagó abruptamente, exhibiendo su placa.

—Pues... sí, no hace mucho estaba justamente ahí, donde usted está, señor —dijo sobresaltado el camarero.

Foster lanzó una imprecación, miró a Melissa, que estaba muy pálida, y se precipitó hacia los lavabos con su compañero, mientras mascullaba malhumorado:

—¡Muchas gracias por su colaboración, señorita Peters! —y el sarcasmo rebosaba en aquellas palabras.

Los lavabos estaban desiertos. Ambos policías los registraron revólver en mano, ante el sobresalto de la mujer encargada de ellos. Ambos se miraron, furiosos.

—Me lo temía —masculló el teniente irritado—. Se nos escapó el pajarraco. Por culpa de

esa chica, maldita sea...

—¿La arresto, señor?

—No. Pero invítela a venir al Departamento apenas termine su actuación. Si no lo hace, entonces la arrestaremos.

—Bien, teniente —y se encaminó adonde Melissa Peters, muy pálida e impresionada, esperaba su regreso, contemplando el retrato-robot que

correspondía perfectamente a su amigo Dave Murray.

Mientras tanto, el teniente Foster localizaba una puertecilla de servicio, para el aprovisionamiento del local, por donde sin duda se había escabullido su hombre. En la calle no había el menor rastro de él.

* * *

—Ni un paso más, muchacho, o te volamos los, sesos.

Y las dos pistolas con silenciador se apoyaron en el cuerpo de Dave Murray, parándole en seco en plena evasión.

No había podido llegar muy lejos del club. Sólo tres manzanas de rápido caminar, lejos de la gente. Y todo, para ir a caer en manos de aquella pareja de rufianes. Les reconoció en seguida.

Eran los compañeros de Duke, el pistolero a quien matara en el edificio de apartamentos. Ambos con su expresión helada, sus facciones de halcón y sus ojos impersonales y duros, muy fijos en él.

Le metieron con rapidez en un automóvil que aguardaba. Uno se puso a conducir, guardando su artillería. El otro se le sentó al lado, hincándole el tubo del silenciador en los riñones, y Dave supo lo que se sentía en esa situación, como él tuviera esa misma noche a su perfecto doble, el jugador Murdock..

—Y ahora a dar un refrescante paseíto por las afueras de esta maldita ciudad y de sus insoportables luces —gruñó el que ocupaba el asiento junto a él, y que parecía llevar la voz cantante de la pareja—. Creo que será obvio decirte que si nos cruzamos con algún patrullero o cosa así, el menor movimiento raro que hagas me hará que vacíe el cargador en tu asqueroso cuerpo, ¿está claro?

—Como la luz de los casinos —dijo sordamente Dave, mirándole con ira—, ¿Cómo diablos pudieron cazarme?

—Simple casualidad. Vimos una foto en un club, de una chica con la rubia Van Doll.

Imaginamos que a lo mejor te dejabas caer por allí. Y vigilamos la zona. Listos, ¿eh?

—Mucho. Tened cuidado con darle tanto trabajo al cerebro, o puede daros meningitis.

—Muy gracioso el hijo de zorra —farfulló el tipo, hincándole con sadismo el arma en el cuerpo hasta hacerle contraer la cara de dolor —. ¿Te acuerdas de Duke, nuestro buen amigo Duke?

—¿El bastardo que mató a la rubia? —Dave se encogió de hombros—. Bien muerto está. Lástima que no os diera también a vosotros.

—Sí, es una lástima. Eso te costará el pellejo ahora. ¿Por qué buscabas a la rubia?

¿Estás metido en el asunto de Hoggart?

—No sé quién es Hoggart.

—Mientes, puerco —volvió a barrenarle con el cañón prolongado por el tubo silenciador, despiadadamente—. Lo sabes muy bien. Eres un esbirro de Hickox, el magnate. Y esa fulana tenía algo de mucho valor para negociar con ello. Cosas relacionadas con Hickox y con su socio, Rip Hoggart. Negocios sucios, sin duda. Eso da dinero. Pero a veces cuesta el pellejo. Esa chica no tuvo mucha suerte en el juego que emprendió.

—No, no la tuvo —contemporizó Dave—. ¿Y a vosotros quién os paga?

—No te importa un cuerno, pero te lo diré —rió el otro—. Total, vas a llevarte el secreto al hoyo... Nos paga un tipo llamado Lee Dalton, a quien probablemente ni siquiera conoces.

—Pero supongo que el tal Lee Dalton cobra, a su vez, de otra persona.

—Lo dicho, eres muy listo. Tienes razón. A nuestro jefe le paga Rip Hoggart en persona, amigo. Porque Hoggart no quiere que sus secretos salgan a la luz o lleguen a conocimiento de su socio, Hickox. Si éste descubre que le traiciona en algunos negocios para lucrarse él mismo, seguramente Hickox enviaría sus matones profesionales contra él, sin contemplaciones. Eso es lo que quiere evitar Hoggart. Y puesto que su imprudencia permitió que el doctor Korvin se apoderase de secretos suyos que luego le robaría a su vez Diana Van Doll, ahora anda empeñado en que esos secretos vuelvan a sus manos, con todas las evidencias, para impedir lo peor.

—Por tanto, no sólo tenían que asesinar a Diana Van Doll... sino también al doctor Korvin —concluyó Dave fríamente.

—Exacto —suspiró el otro, burlón—. Veo que sabes cómo están las

cosas, muchacho.

Te has metido en un feo asunto hasta el cuello. Y ya no puedes salir de él. Supongo que podrías ayudarnos a recuperar las pruebas contra Hoggart...

—Yo no sé nada de ese asunto —rechazó Murray—. Absolutamente nada.

—Vamos, vamos, no pretenderás engañarnos con eso, ¿verdad? ¿Por qué ibas a ir en busca de la Van Doll, si no?

—Por otras razones que nada tienen que ver con ese Hoggart.

—¿Con quién, entonces?

—Conmigo mismo.

—Esa historia tiene gracia. ¿Qué pintaría un piojoso como tú en un asunto así, si no tuvieras alguna relación con Hickox o con el doctor Korvin? —el gesto del otro se hizo claramente amenazador.

—Yo... yo también estuve en la clínica del doctor Korvin —jadeó Murray.

—¿Y qué? Tú no eres un millonario como Hoggart. No tendrías mucho que ocultar.

—La verdad es que no lo sé. Esa clínica posee toda clase de tratamiento médico para pacientes ricos. Por eso me pregunto qué hacía yo allí y para qué ingresé en ella.

—Oye, si nos estás contando un cuento de hadas será mejor que cierres el libro —

rezongó otro de sus raptos—. Eso suena a música celestial. Si no sabes tú mismo lo que pintabas allí dentro, a nosotros nos tiene sin cuidado. Lo que queremos es lo que Diana Van Doll se llevó consigo de la clínica del doctor Korvin, todos los documentos y evidencias que señalan la traición comercial de Hoggart, ¿está bien claro? Y es obvio que ella debió decirte algo para que tú fueses a verla a los apartamentos...

—Ella ni siquiera me conocía —rechazó Dave acremente—. La encontré porque sabía que iba a reunirse con el doctor Korvin en Las Vegas. Yo había escapado de la clínica, aún no sé por qué. Y el único

documento que obtuve allí, fue una hoja de agenda donde el doctor Korvin había fijado su cita con Diana Van Doll en determinado edificio de apartamentos de Las Vegas. Eso es todo.

—De modo que aseguras no saber nada de nada sobre lo que escondía la Van Doll, sin duda para utilizarlo para un chantaje contra Hoggart, ya fuese con la ayuda del doctor Korvin o por sí misma.

—Pues no, no lo sé en absoluto —mintió glacialmente Murray, a cuya memoria acudían en ese momento unas pocas palabras pronunciadas por la rubia víctima, en sus últimos instantes de vida: «La caja... la combinación... el gato... la clave... la baraja...»

—Está bien. De todos modos, estorbas a un montón de gente. Tenemos órdenes concretas sobre ti, amiguito. Vamos a liquidarte, .Murdock.

—¡Yo no soy Murdock! —protestó vivamente Murray, sintiendo un sudor helado en todo su cuerpo.

—Vamos, no nos hagas reír —el otro le miró irónicamente—. Tu fotografía aparece en todos los diarios de la tarde. Incluso la vimos en televisión hace un rato. Bueno, no era fotografía, sino uno de esos retratos dibujados que distribuye la policía. ¿Crees que no es conocido Ace Murdock en Las Vegas, hijito?

—¡Repito que no soy él! Nos parecemos mucho, eso es todo.

—Claro, claro. Sois hermanos gemelos. O estamos borrachos y creemos ver a Murdock donde no está —bromeó sarcásticamente el que le amenazaba con su arma—. Mira, se nos ha ordenado que matemos al tipo que mató a Duke, fuese quien fuese. ¿Que eres un jugador profesional de los que pululan por esta ciudad? Nos tiene sin cuidado. Vamos a hacer nuestro trabajo. Eso es todo.

El coche estaba ya en las afueras de Las Vegas, con el oscuro desierto en torno suyo, salpicado por algunos edificios destinados a talleres o almacenes. El vehículo empezó a reducir velocidad. La pistola silenciosa se alzó hacia su pecho.

Iban a liquidarlo allí mismo, sin pérdida de tiempo. Dave Murray leyó la muerte en los ojos del otro. Y supo que tenía que hacer algo desesperado.

CAPITULO VI

Lo hizo.

Cualquier cosa era mejor que dejarse matar estúpidamente. Recordó al verdadero Murdock, escapando de sus manos en el último momento, y repitió la suerte, confiando en tener tanta fortuna como el jugador.

Golpeó con una pierna la mano armada del otro, y la pistola se elevó, disparándose. La bala silbó, rozándole la cabeza, pero sin llegar a tocarle un solo cabello. El tipo juró entre dientes, y gritó algo a su compañero. Este redujo la velocidad y se volvió, extrayendo su automática con una mano, mientras conducía con la otra, a reducida velocidad. El negro ojo del cañón prolongado por el tubo silenciador buscó su cabeza obstinadamente.

Dave metió el codo en el estómago de su vecino de asiento, doblándole de dolor, y le vio boquear en busca de aire. Se agachó, rápido, y la bala disparada por el que conducía se estrelló en la ventanilla trasera del coche, convirtiendo el vidrio en una especie de gran telaraña agrietada, en torno a un boquete respetable. Aquella gente usaba balas que parecían de artillería.

De nuevo golpeó en plena sien al tipo de atrás, que cayó resoplando, medio desvanecido, y le arrancó el arma de las manos, precipitándose contra la portezuela, que abrió mientras el otro pistolero, al perder el control del volante en el caos del momento, veía cómo el coche se desviaba de la cinta asfaltada, metiéndose con cierta violencia entre una valla de madera y unos setos, para ir a desviarse de nuevo, con otro desesperado golpe de volante, hacia una zanja, en la que hincó el morro, lanzando al chófer contra el parabrisas. Aunque el golpe le abrió una brecha en la ceja, por la que comenzó a manar sangre, se volvió contra Dave, que saltaba ya del coche, y disparó.

Murray lanzó un gemido al sentir el roce candente de la bala en su sien, saltó a la zanja y se golpeó violentamente contra unas piedras. Quiso rehacerse, ponerse en pie, pero se desplomó.

Vio borrosamente cómo el pistolero herido abría también su propia portezuela para ir en busca suya y rematarle. Alzó pesadamente el brazo derecho. Entre brumas, vio avanzar al tipo hacia él, empuñando su automática. Con un esfuerzo supremo, Murray apretó el gatillo.

Vio desaparecer el rostro del hombre en un baño de sangre y esquivarlas

de huesos destrozados. El ruido apenas fue un leve taponazo seco. Pero cuando el conductor del coche cayó, estaba más muerto que su tatarabuela.

Aquello logró reanimarle ligeramente. Dave temía caer inconsciente y que el otro tipo se recuperase, yendo a liquidarle. Debía huir de allí cuanto antes. Además, la policía no tardaría en llegar y su rostro —o el de Murdock, no estaba demasiado seguro ya sobre eso—, era al parecer lo bastante conocido como para no tener escapatoria posible si un agente le echaba la vista encima.

Renqueante, sintiendo correr la sangre por el rasguño que providencialmente le causara una bala destinada a volarle la cabeza, así como por el nuevo golpe sufrido en la nuca contra las piedras de la zanja, Dave Murray salió entre tambaleos al camino asfaltado. Miró a uno y otro lado, viendo sólo oscuridad y desolación. En la distancia, las

luces de los casinos del Strip, con sus más de tres millas de casinos, hoteles y residencias brillantemente iluminadas, era como un deslumbrante raudal de gemas alumbradas por un gigantesco foco multicolor. Pero por aquí no había nadie, apenas alguna que otra luz aislada, y un aire frío y seco, procedente del desierto, que penetraba hasta los huesos.

Descubrió una furgoneta vieja, aparcada junto a un viejo almacén. Corrió hacia ella.

Tenía la portezuela abierta, sin asegurar, pero ni rastro de llaves en el encendido. No obstante, Dave resolvió fácilmente el problema. Hizo un «puente» desmontando los cables, y la vieja furgoneta funcionó, aunque su nivel de combustible tampoco parecía ser muy alto. Arrancó de allí con el vehículo, dando un rodeo para dirigirse de nuevo al centro urbano de la ciudad del juego.

Sangraba bastante y se sentía muy débil. Su mente era una turbia confusión de ideas.

Vagamente, recordaba a una bonita muchacha de bella voz, llamada Melissa Peters, a un hombre idéntico a él, llamado Murdock, a unos tipos armados pagados por un tal Lee Dalton que, a su vez, rendía sus servicios a un financiero, Rip Hoggart, mezclado en feos asuntos comerciales y traicionando a su poderoso socio, Randsome Hickox, un multimillonario californiano.

Recordó a una opulenta rubia llamada Diana Van Doll, muerta a sus

pies. Y muchas otras cosas que no tenían sentido.

De súbito, frenó la furgoneta en una callejuela oscura y poco frecuentada, se inclinó sobre el volante del coche, y se cubrió el rostro con ambas manos, jadeando amarga, roncamente:

—Dios mío, ¿por qué? «¿Por qué quiero matar» a un hombre llamado Murdock, que no me ha hecho nada en absoluto...? ¿Y «por qué tengo su mismo rostro», si yo nunca me parecí a ese hombre en absoluto? ¿Qué me está ocurriendo? ¿Quién soy yo... y por qué hago esto?

Y sollozó de forma ahogada porque lo más terrible de todo ello era que no tenía respuesta para esas preguntas...

* * *

Pamela Hickox leyó angustiada aquellas escasas palabras escritas en una hoja de calendario. Su rostro todavía hermoso, de mujer madura y elegante, se contrajo con una mezcla de náusea y de horror.

—Dios mío, no es posible... Ella, no...

Pero estaba allí, ante sus ojos repentinamente dilatados. Era una anotación escrita con la letra inconfundible de su hija. Una anotación clara, reveladora:

«Residencia Bingo Club. Apartamento 817. Las Vegas. Jueves.»

Pálida estrujó el papel entre sus dedos. Fue al teléfono y marcó agitadamente un número. Alguien se puso al aparato. Ella habló con serenidad:

—¿Agencia de Investigaciones Privadas Stevens & Co.? —Sí, aquí es. ¿Quién llama?

—Señora de Randsome Hickox. Deseo hablar urgentemente con el señor Stevens.

—Un momento. Se pone en seguida, señora Hickox. Instantes después, el detective privado atendía la llamada, con voz deferente. La dama fue directa al grano:

—Mi hija ha obtenido el mismo dato que yo. En sus apuntes están las señas de Al Murdock en Las Vegas. ¿Qué significa eso? ¿Es ella cliente de ustedes también?

La voz de Stevens vaciló antes de responder:

—Verá, señora Hickox, no podría responder a eso aunque fuese cierto. Comprenda que la ética profesional me impide dar el nombre de mis clientes a nadie.

—¿Ni siquiera a una madre, cuando el otro cliente es menor de edad e hija suya?

—Ni siquiera en ese caso... aunque, naturalmente, yo no he dicho que su hija sea cliente nuestro, ni mucho menos. Hay otras muchas agencias de investigación en Los Angeles, señora Hickox, y ella ha podido...

—Es igual. De todos modos, lo sabe y eso basta. Gracias por todo, Stevens.

Colgó, nerviosa, e hizo otra llamada, esta vez a la Agencia de Viajes con la que ellos habitualmente trabajaban. Pidió información sobre su hija Wendy. No tardaron en confirmarle lo que tanto temía: había tomado el vuelo 604 para Las Vegas, Nevada, solamente diez horas antes. Encargó ella otro pasaje en el vuelo inmediato, y colgó.

Impaciente, trémula, fumó un cigarrillo, paseando por la estancia. Miró abajo, al jardín y la piscina.

Su marido paseaba por allí, en compañía de varios colaboradores suyos, entre ellos Rip Hoggart, su socio más leal. Hickox había regresado de su habitual estancia fuera de la ciudad, y continuaba con sus negocios, como siempre. Dudó entre informarle de su viaje con cualquier pretexto, o no. Optó por escribir una nota y dejarla en el living. Era breve y ambigua: «Wendy y yo nos vamos a pasar el fin de semana fuera. Un abrazo, Pamela.»

Eso era todo. Ni siquiera hizo equipaje. Ya adquiriría lo que fuera preciso en Las Vegas.

Tomó su bolso, sus tarjetas de crédito y su talonario de cheques, y partió rápida, tomando un taxi hacia el aeropuerto, en vez de coger cualquiera de los coches de la familia.

Su esposo ni siquiera la vio partir. La mansión era demasiado grande para que necesitara cruzarse con él al salir. En estos momentos, Randsome Hickox estrechaba la mano de su sonriente socio, Rip Hoggart, y le informaba con voz suave, casi aterciopelada, aunque con aquel tono bronco y gangoso de su prótesis vocal:

—Sé que puedo confiar ciegamente en ti, amigo Hoggart. Te tendré

informado acerca de este nuevo asunto que tantos millones puede reportar a nuestra sociedad...

—Estaré esperando tus noticias, Rand —habló familiarmente Hoggart, con su mejor sonrisa, antes de retirarse con su paso rápido, elástico, seguro de sí.

Los demás colaboradores de Hickox también se alejaron. El magnate se quedó solo con su desagradable compañero habitual, su fiel y gordo ayudante, siempre sudoroso y jadeante. Como siempre también, un horrible traje claro colgaba de su obesa figura con desgana y absoluta ausencia de distinción.

—Bien, Nick —habló lentamente Hickox, entornando los ojos, fríamente clavados en la ancha espalda de su joven socio Hoggart—, Creo que ha llegado el momento de actuar...

—Señor Hickox, ¿qué es lo que haremos, tras ese informe de Las Vegas? El tal Murdock está reclamado ahora por asesinato... Le culpan de la muerte de Diana Van Doll...

—Eso debió hacerlo Murray. Pero la policía de Nevada lo ignora. Lo malo es que el maldito Murray parece que no ha cumplido lo previsto todavía. Murdock sigue con vida.

Por eso va a ser preciso acelerar las cosas.

—¿En qué sentido, señor? —siseó el gordinflón, resoplando bajo el sol californiano—.

Usted dijo que ese Murray no iba a fallar...

—Posiblemente no falle. Pero las cosas se están demorando, y eso podría complicar el asunto. Iremos los dos a Las Vegas. Nick. Esta misma noche tomaremos el avión hacia allá.

El privado, se entiende. No quiero usar las líneas comerciales esta vez. Iremos solamente tú y yo, con el piloto. Y de riguroso incógnito, por supuesto.

—¿Cree que tendré que hacer yo lo que está previsto que haga Murray? —sonrió malévolamente el fofo Nick, temblándole las carnes como gelatina.

—Es posible, Nick, es posible —admitió pensativo su patrón—. Veremos qué es lo que hay que hacer cuando estemos en el propio

terreno. Hasta entonces, es mejor no hacer cábalas. Tal vez haya suerte y a nuestra llegada, ya Dave Murray se haya convertido en el asesino de Al Ace Murdock, como está programado...

* * *

—¿Programado has dicho?

—Sí, eso dije —resopló lentamente Dave Murray, moviendo su cabeza entre ambas manos, pese al dolor que ello le causó—. Programado, Melissa. Esa es la horrenda verdad.

Yo... estoy programado para matar a un hombre.

—Pero... ¡Pero eso es imposible! —rechazó ella, asombrada—, Suenas a ciencia ficción...

—El mundo actual es mucho más ciencia ficción de lo que imaginamos, Melissa —

declaró él con amargura, mirándola muy fijo—, ¿Has pensado en la cibernética, en las computadoras diminutas, en la máquina parlante que juega al ajedrez y gana a auténticos maestros, en el video, en la transmisión televisada desde la Luna, en tantas y tantas cosas que hace sólo unos años hubieran sido fantasía delirante? Melissa, está científicamente comprobado que un cerebro humano puede ser programado para lo que se quiera, si el sujeto es cuidadosamente elegido y tratado, si se le somete a ciertos métodos psicotécnicos que dejen grabado algo en su memoria. Está demostrado que pasando por televisión a supervelocidad, de modo que la retina humana no lo capte, un determinado anuncio, la gente compra involuntariamente ese producto. ¿Imaginas, si se utiliza esa técnica para que votes a determinado político, o para que te conviertas en un asesino o un suicida? El secreto consiste en «grabar» en las células cerebrales un determinado hecho o imagen. Luego, si se aplica un tratamiento clínico especial, el sujeto sale de un centro médico convertido en la computadora viviente que se desea. En esas técnicas también puede mezclarse la hipnosis o la sugestión. Y si la persona elegida sufre alguna psicosis previa, mejor que mejor.

—¿Tú sufres esa psicosis? —dudó Melissa, muy interesada, clavando en él sus ojos atónitos.

—Sí, Melissa. Yo he sufrido una psicosis especial desde hace tiempo. Fue en Vietnam.

Siempre pensé que había sido culpable de una masacre atroz en personas inocentes.

—¿Y no fue así?

—No. Y me negué a fusilar a unos pobres campesinos vietnamitas. Un oficial que dirigía nuestro pelotón lo hizo por mí y me dijo que me llevaría a un consejo de guerra. Ese oficial murió poco después en otra acción, sin tiempo material para denunciarme por

desobediencia. Alguien aprovechó esa psicosis mía, y me hizo sentir culpable de asesinato. Era la forma ideal de cultivar el terreno previamente.

—Pero tú no fuiste culpable...

—Ahora lo sé. Entonces, no —suspiró Murray—. El doctor Korvin bloqueó mi memoria para que sólo recordase ciertos hechos. Mi psicosis de culpabilidad era su mejor aliado para convertirme en un asesino. Su clínica de California es algo muy especial, Melissa: allí se hace cirugía plástica, neurocirugía, psicoanálisis y psiquiatría... Es un médico poco escrupuloso, con un equipo de eficientes profesionales. Posee secretos valiosos de mucha gente importante, y luego los explota a su gusto. Yo fui elegido para hacerme una operación facial que me diese el rostro exacto de otro hombre llamado Al Murdock, y se me programó para matarle. Recuerdo que escapé de allí por alguna razón, asustado acaso del penoso tratamiento psicotécnico que sufría, hasta quedar impreso en mi subconsciente el pensamiento fijo de matar a Murdock, pero no pude combatir mi condición de máquina de matar, porque el proceso estaba ya muy avanzado. En realidad escapé en vano, porque mi idea fija era matar a Murdock.

—Pero no le has matado...

—No. Aún no. Por fortuna, se me escapó de entre las manos cuando ya estaba a punto de ser realmente un asesino.

—Y ahora ya no vas a matarlo...

—No. Ya no. He salido de mi encierro mental. De repente he visto claro. Ahora sé quién soy, por qué estoy aquí y lo que se esperaba de mí. Ya no seré el asesino que alguien esperaba que fuese.

—Y todo gracias a un golpe en el cráneo.

—Sí, creo que sí. O el golpe o el rasguño de bala, no sé. Algo alojado

en mi cerebro, posiblemente algún microorganismo electrónico que estimulase mi programación, resultó dañado o averiado. Deberé volver a un buen neurólogo para averiguarlo, cuando eso sea posible. De momento, vuelvo a ser yo, el verdadero Dave Murray... aunque con un rostro prestado, una cara que no es la mía...

Calló, hundiendo de nuevo el rostro entre ambas manos. Melissa fue a la cocina y regresó con dos tazas de café. Tendió una a su visitante nocturno, mirándole fijamente.

—Me diste un buen susto cuando te vi aquí, en el portal, esperándome... —musitó—.

¿Cómo supiste que yo tenía aquí un pequeño apartamento?

—El club —sonrió Murray—. Pregunté por ti haciéndome pasar por un amigo. Me dieron tus señas. Apenas abandoné la furgoneta vieja, me lavé un poco y vine hacia acá, porque necesitaba hablar con alguien, revelar a alguien mi increíble historia...

—Dave... Tiene que haber una razón de mucho peso para que alguien te haga cambiar tu rostro por el de Murdock y enviarte a matarlo... ¿Quién es, a fin de cuentas, ese tal Murdock?

—Un vulgar jugador profesional, ignoro lo que se oculta tras todo esto, pero no puede ser nada claro ni limpio. Recuerdo que el ver mi rostro me hacía sentir un odio irrefrenable hacia cualquiera que tuviera esa misma faz. Por tanto, la cirugía plástica que me alteró la cara, dándome la de Murdock, es evidente que sólo conducía a un objetivo: que el odio por ese rostro permaneciera latente en todo momento en mí, para obligarme a cometer el crimen previsto.

—Pero ¿por qué? Ese tratamiento costaría mucho dinero, Dave. Y todo para matar a un simple jugador profesional... No tiene sentido.

—No, no lo tiene. Pero ignoro el resto. Sólo sé que fui capturado en Los Angeles por un desconocido, y conducido posteriormente a la clínica del doctor Irwin Korvin. Ignoro quién financiaba el experimento ni las razones para desear la muerte de un hombre como Murdock, que no me pareció, en

lo poco que lo he conocido, nadie particularmente importante, ni mucho menos.

—¿Y qué tiene que ver en toda tu historia esa mujer, Diana Van Doll, que fue compañera mía? Eso es lo que no logro entender bien. Pero la

policía te acusa de su muerte, Dave.

—Lo sé. Es otra parte curiosa de mi historia. Creo que por simple casualidad, por si tuviera pocos problemas, me metí en otros que nada tenían que ver conmigo. A! huir de la clínica del doctor Korvin, lo hice tras revisar su despacho, donde encontré un informe completo sobre Diana Van Doll, que según ese informe se hallaba en Las Vegas, en un determinado edificio de apartamentos. El doctor Korvin, por alguna razón que yo entonces ignoraba, tenía que encontrarse aquí con ella, según deduje del hallazgo de un telegrama de ella y de un billete de avión a nombre de Korvin, con destino a Las Vegas. De modo que me vine hacia acá porque quería saber, a través de la Van Doll por qué había estado yo recluido en una clínica y porque no sabía nada de nada respecto a las últimas semanas de mi vida, desde, que fui secuestrado en Los Angeles.

—Y te tropezaste con un asesinato...

—Sí. Mataron a Diana delante mío. Yo pude alcanzar a uno de sus asesinos. Quería preguntarle sobre la clínica y todo eso, y me hice pasar por Korvin, sabiendo que ella le aguardaba. Lo que no podía esperar es que ella iba a salirme con unas enigmáticas palabras sin sentido, que me reveló al morir, y que nada significaban para mí.

—¿Qué palabras fueron ésas, Dave?

—«Caja, combinación, gato, clave y baraja». Quiso decir algo más, pero la muerte fue más rápida.

—¿Y eso no tiene ningún sentido para ti?

—No, ninguno —confesó Murray sacudiendo la cabeza—. Luego supe que al parecer ella y el doctor Korvin querían sacar beneficio de ciertos secretos médicos, de los que ella se había apoderado sin permiso del doctor, seguramente para hacer chantaje a determinadas personas. Ahora sé que un tal Rip Hoggart, financiero de California, y un tal Hickox, famoso magnate de los negocios y las finanzas, andan metidos por medio.

—Entonces, es posible que esas palabras sí tengan un cierto sentido —señaló Melissa, con un resplandor de excitación en sus pupilas— Escucha. Dave, y dime qué te parece mi teoría: Diana Van Doll robó esos documentos reveladores. Alquiló una caja fuerte, le aplicó determinada combinación... y esa combinación tiene su clave, sin duda, en uno de estos dos nombres: gato o baraja. O ambos a la vez...

—Sigue sin tener sentido.

—Una baraja en Las Vegas, siempre tiene algún sentido. Este es el paraíso del juego,

¿no es cierto?

—Es posible que la clave de esa combinación se base en una baraja o en un juego de cartas determinado, lo acepto. ¿Pero dónde está la caja... y qué pinta el gato en todo

esto?

—El gato... El gato... —ella repitió las palabras insistentemente, arrugando deliciosamente sus cejas—. Espera. Eso me recuerda algo, pero no sé el qué. Algo sobre un gato, relacionado con Diana, pero no sé el qué...

—Dejémoslo, amiga mía —suspiró Dave, apoyando una de sus manos en las rodillas de la joven—. Creo que bastantes preocupaciones y problemas te he traído ya. Esto, sin contar con tu visita de esta noche al departamento de policía y todo lo demás...

—Oh, eso no tuvo importancia —rechazó ella—. El teniente Foster es un hombre amable, aunque obstinado. También él anda buscando al doctor Korvin, puesto que tú diste su nombre al visitar a Diana. Vi todas las pertenencias de mi pobre amiga, todo lo que ahora queda de ella, y eso me dio mucha pena. Recordé nuestros días trabajando juntas en San Francisco. Nunca fue demasiado buena como cantante, pero tenía atractivo físico y era ambiciosa.

—Demasiado ambiciosa —suspiró Murray—, Eso la llevó a la tumba.

—Creo que nunca hubiera triunfado realmente como cantante —siguió Melissa evocando con cierta pena a su antigua compañera—. Cuando vi sus partituras, sobre todo aquella que ella quiso tomar de mi repertorio... ¡Dave! ¡Ya está!

Su exclamación resultó tan inesperada para Murray, que éste pegó un respingo, y miró en torno suyo, alarmado, pensando que algo grave sucedía. Luego miró a Melissa que, radiante, excitadísima, le contemplaba con las mejillas arreboladas.

—Ya está ¿el qué? —quiso saber.

—El gato. Creo que ya lo tengo, Dave. La clave de las palabras de

Diana...

—No te entiendo. Melissa.

—¿Recuerdas que te mencioné una canción que Diana quiso interpretar por sí sola, cuando se separó del show donde coincidimos en San Francisco? Una canción a la que ella cambió la letra a su antojo...

—Sí, recuerdo ahora. Espera. Esa canción se llamaba...

—«El gato sobre el teclado de color de rosa» —completó Melissa, satisfecha—. ¿Ves adónde voy a parar, Dave?

—Cielos, sí. ¿Supones que la letra de la canción... encierra la clave? —jadeó él, perplejo—. Pero entonces, ¿qué significa la baraja?

—No lo sé. El teniente Foster tiene esa partitura. La mía no servirá porque tiene la letra original. Debe ser la letra que cambió Diana. Ahí está la combinación de una caja con los documentos...

—Te aseguro que esos documentos no me preocupan demasiado

—Pero posiblemente sean la mejor evidencia de que tú no mataste a Diana Van Doll, Dave. Tu historia personal va a resultar inverosímil para la policía, a menos que el propio doctor Korvin la confirme. Pero si te buscan es como sospechoso de haber matado a Diana Van Doll. Si probamos que otra persona tenía sobrados motivos para hacerla asesinar, tú quedarás fuera de toda sospecha.

—No es mala idea. Pero ¿qué hacemos, si la partitura está en manos de la policía? Ellos no querrán colaborar...

—No, seguro. Pero yo soy cantante. Y ésa es mi canción, Dave. Creo que mañana iré a ver al teniente y le diré que se me ha extraviado una partitura de la cual Diana poseía un

duplicado. Le pediré solamente que me la preste unos minutos. Haremos una fotocopia de ella... y veremos si hay suerte.

—Eres un diablillo, Melissa —suspiró Dave—. ¿Cómo agradecerte todo el interés que te tomas por mí?

—Oh, olvida eso ahora. Somos amigos, ¿no? —en ese momento sonó el teléfono sobre la mesita. Ambos se miraron, alarmados. Ella musitó, repentinamente tensa—: Qué raro... Es muy tarde para

llamadas...

El teléfono insistía. Descolgó, poniendo voz somnolienta, como si acabase de despertar.

Preguntó con aparente torpeza:

—¿Quién llama a estas horas? ¿Quién es?

—Perdone, señorita Peters. Soy el teniente Foster, de Homicidios —dijo la voz enérgica del policía—. Lamento despertarla a estas horas, pero quisiera que viniese a identificar un cadáver... Estoy en residencia Bingo Club, apartamento 817.

—¿Un cadáver? —ella se puso rígida, abriendo mucho los ojos. Dave la miró, sobresaltado, sin entender—. ¿Por qué dice eso, teniente? Es una broma de mal gusto...

—No es ninguna broma, se lo aseguro, Usted es una de las personas que conoció a ese hombre, por eso me permito molestarla a tales horas. Acabamos de hallar su cuerpo sin vida, y quisiera estar seguro de su identificación. Lamento darle malas noticias, pero el muerto es el hombre que la acompañaba esta noche en el club,

¿recuerda? El que desapareció de repente, y usted dijo que había dicho llamarse Dave, simplemente..

—Dios mío... —los ojos de ella permanecían clavados en el propio Dave, lleno de vida ante ella. Tiene que tratarse de un error, teniente.

—Posiblemente, porque el hombre muerto tiene su documentación a nombre de Albert Murdock, aunque se le conoce más en Las Vegas por el apodo de Al Ace Murdock. Y ha sido asesinado, señorita Peters...

CAPITULO VII

—Si. Es él, teniente... No hay duda.

Retiró sus ojos del cuerpo sin vida, estremeciéndose. No era agradable ver a aquel hombre allí inmóvil, con los ojos dilatados y la boca contraída. Era como ver muerto a Dave Murray. Ambos eran idénticos. El mismo rostro, parecida figura...

—Lo suponía —suspiró el oficial de Homicidios hundiendo sus manos en los bolsillos—.

Al Ace Murdock. Jugador profesional, conocido galanteador de

mujeres hermosas... y especialmente ricas, por supuesto. Una buena pieza, señorita Peters. ¿Cómo entabló amistad con semejante tipo?

—Ya le dije que me dio otro nombre. Dijo llamarse Dave y ser un turista californiano...

Yo no podía dudar de él —mintió fríamente Melissa—, Se portó tan correctamente conmigo...

—Sí, era un hombre muy hábil en ciertas cosas —asintió el policía—. Pero no le ha servido de nada para eludir la muerte. Ya lo ve: un balazo en el corazón acabó con él en su propio apartamento. Quien disparó lo hizo bien. Ni el menor fallo. Debió morir instantáneamente...

—¿Es todo lo que quería de mí, teniente? —preguntó ella con voz débil.

—Sí, señorita Peters. Gracias una vez más, y disculpe todo esto, pero era necesario.

Murdock no es de Nevada y estaba aquí de paso, aunque otras veces había venido ya a esta ciudad a jugar en los casinos. ¿Quiere que la acompañe alguien a casa?

—Se lo agradeceré, sí —dijo ella con serenidad perfecta—. Pero antes quisiera pedirle encarecidamente un pequeño favor, teniente, dado que hemos tenido que vernos de nuevo esta noche,

—¿Un favor? Si está en mi mano, cuente con él —se mostró cortés el policía.

—Bueno, he extraviado una partitura musical inexplicablemente, y es una pieza que no domino demasiado bien todavía. Recuerdo haber visto, entre las pertenencias que de la infortunada Diana Van Doll obran en su poder, ciertas partituras musicales, una de las cuales es precisamente la que me falta. ¿Le sería posible, teniente, tan sólo por unas horas, cederme esa partitura o hacer una fotocopia de ella, como mínimo, ya que así saldría del apuro para mi actuación de mañana?

El oficial de Homicidios la contemplaba en silencio, con total ausencia de emoción en su gesto. Se encogió de hombros y, tras unos segundos de silencio, afirmó con una levé sonrisa.

—Por supuesto, señorita Peters. Venga conmigo al Departamento. Haré que le saquen una fotocopia de la partitura que le interesa, y

podrá llevársela ahora mismo. Comprenderá que, por ser posibles evidencias en un asesinato, no pueda concederle el original ni siquiera durante un breve espacio de tiempo.

—Lo comprendo muy bien, teniente —suspiró ella—. Eso bastará, se lo aseguro. No sé cómo agradecerle...

—No tiene importancia. Venga conmigo. Desde el Departamento, uno de mis hombres la llevará a su domicilio, una vez en su poder esa fotocopia.

Ella se dejó llevar al Departamento de Homicidios, señaló la partitura de «El gato sobre

el teclado de color de rosa», y el oficial hizo sacar una fotocopia de la misma, que entregó cortésmente a la joven cantante. Ella, dando nuevas expresiones de agradecimiento, abandonó las oficinas policiales en compañía de un agente que la reintegraba a su casa en plena madrugada.

Apenas hubo salido de su oficina la joven, el teniente Foster pulsó un intercomunicador y ordenó a uno de sus subordinados de servicio nocturno en la División:

—Sigana a la joven que acaba de salir de aquí. Con disimulo. Vigilen su casa hasta nuevo aviso. No la pierdan de vista bajo pretexto alguno, pero que ella no llegue a darse cuenta.

Cerró el intercomunicador, frotándose el mentón, pensativo. Luego marcó un número en el teléfono. Cuando estableció contacto con el Flamingo Hilton, pidió hablar con su agente de servicio constante allí.

—¿Alguna novedad en torno al doctor Irwin Korvin, ahí alojado? —indagó.

—Ninguna, que yo sepa —le informó su subordinado—. Está en su habitación toda la noche. No ha bajado a cenar ni ha pedido nada al servicio de bar o restaurante en los pisos.

—Eso no me gusta. Voy para allá. No me gustaría que el pájaro hubiera volado.

Colgó, dirigiéndose al exterior. Un coche patrulla le condujo, a través de la noche constantemente luminosa y espectacular de Las Vegas, hasta el lujoso hotel de Las Vegas Boulevard South 3555.

Cuando pisó el vestíbulo, su hombre vino hacia él, pensativo.

—Todo igual. El doctor Korvin sigue arriba —informó—. La llave no está en la conserjería. He probado a abrir, pero tiene la llave por dentro y la ganzúa se resiste. No creo que haya salido de su dormitorio, teniente. El pájaro sigue en la jaula.

—Aun así, quisiera comprobarlo —dijo rotundamente, echando a andar hacia los ascensores. Pulsó el botón del sexto piso y subieron con suave celeridad. El policía miró a su jefe.

—¿Cree que ocurre algo anormal, señor? —indagó.

—No lo sé. Pero creo que saldremos de dudas en seguida.

—¿Va a detenerlo?

—Sí. Acusado de relacionarse con la víctima de un asesinato. De momento, sólo se le acusará de simples sospechas. Luego ya veremos. Si logro relacionarlo con un tal Ace Murdock, es posible que le cueste bastante salir del embrollo.

Llegaron ante la puerta de la habitación que ocupaba el médico californiano en la sexta planta del hotel. Foster golpeó repetidas veces la madera y conminó con aspereza:

—¡Abra en nombre de la ley, doctor Korvin! ¡Abra o echaremos la puerta abajo!

Nadie respondió a esa brusca conminación. Foster la repitió, ceñudo. Al no recibir respuesta, ya no dudó. Dirigió una mirada significativa a su subordinado.

—Vamos —dijo—. Derribemos la puerta.

—Pero, señor...

—No discuta. Pagaremos daños y perjuicios al hotel, si hay lugar. ¡Adelante!

Ambos cargaron con el hombro contra la puerta. Esta cedió al segundo impulso con un seco chasquido. La cerradura colgó inútil, entre astillas. Penetraron en la habitación revólver en mano. El teniente pulsó el interruptor, dando luz a la habitación.

—Diablo, sí que tiene el sueño pesado... —comentó sorprendido el policía de servicio,

contemplando la figura que yacía en el lecho, bien arropada.

El teniente no respondió nada. En vez de ello se inclinó sobre el lecho y tiró de las ropas. Soltó un resoplido. Las sábanas aparecían teñidas de rojo en varios puntos. Una serie de cuatro o cinco orificios de bala se mostraban claramente en el tórax del doctor Korvin. Estaba muerto desde hacía tiempo.

La ventana del hotel, asomada a una terracita, aparecía entreabierta. El seco aire del desierto agitaba una cortina ligera, de color marfil. Foster fue hasta allí, y asomó mirando al jardín y piscina del hotel, situados abajo. No era difícil saltar de una terraza a otra, pensó con rapidez, regresando al interior y pidiendo un médico por el teléfono interior del hotel.

—Dios santo, le cosieron a balazos... —comentó su subordinado.

—En efecto. Y el que lo hizo no usó la puerta para entrar, sino la terraza.

Evidentemente, alguien más que nosotros tenía interés en hallar al doctor Korvin en Las Vegas...

Curioso, se inclinó sobre el difunto. Algo había habido en su mano, que había sido arrancado brutalmente de entre sus crispados dedos. Todavía quedaba un pequeño trozo de papel entre el pulgar y el índice del difunto Irwin Korvin.

Con cierta dificultad, el teniente Foster logró recuperar ese fragmento, en forma triangular, posiblemente el ángulo inferior de una hoja completa. Era un papel satinado, impreso con líneas pautadas y círculos negros.

Papel musical. Una partitura. Lo que quedaba de ella, al menos.

Rápido, el oficial de Homicidios descolgó de nuevo el teléfono. Pidió línea exterior y marcó el número del Departamento.

—¡Pronto, avisen a la radiopatrulla! —tronó—. ¡Que arresten inmediatamente a Melissa Peters en su domicilio! ¡Recuperen la fotocopia de una partitura musical que le fue entregada en la División de Homicidios hace rato! ¡Maldita sea, no pierdan un solo segundo! ¡No dejen que esa chica se escape!

Colgó, furioso, mirando con ira mal reprimida a su subordinado, que le contemplaba con evidente asombro.

—Con que había perdido una partitura... ¡Y yo, estúpido de mí, casi me trago el anzuelo! —masculló—. Esa chica sabe algo que no quiso decir, y la partitura musical se relaciona con todos estos crímenes, pero ¿en qué proporción y sentido? Esa mocosa va a lamentar haber intentado jugar conmigo...

CAPITULO VIII

—Ya lo tenemos, Dave. La partitura de «El gato sobre el teclado de color de rosa» —

dijo triunfalmente Melissa, mostrando la fotocopia a Dave Murray, cuando éste apareció, cauteloso, procedente del montacargas de la cocina, donde había permanecido oculto hasta su regreso—. Creo que el teniente no ha sospechado nada.

—¿Vienes sola? —preguntó él, receloso—. Me pareció oírte hablar en la calle al bajar del coche...

—No, no. Vine acompañada —rió suavemente la muchacha—, Estáte tranquilo. Hay un policía abajo, esperando que yo le confirme que entré sin novedad en casa. Se irá en cuanto lo haga.

Asomó a una ventana, agitó su brazo, y abajo roncó un motor, alejándose inmediatamente de la zona. Melissa regresó al interior, risueña, sin haber llegado a advertir la silenciosa presencia de otro coche oscuro, aparcado a una manzana de distancia de su domicilio.

—Ya está —dijo—. Tranquilo, Dave. Todo va bien por ahora, confía en mí.

—En ti confío ciegamente —respondió él con una sonrisa algo áspera, que remarcó la dureza de sus actuales facciones—, Es en los demás en quienes no puedo confiar lo más mínimo. Absolutamente en nadie. Y tú harás bien en imitarme, Melissa.

—Recordaré eso —le tendió la fotocopia de la partitura—. Mira, Dave: ésta es la canción de mi repertorio que Diana incorporó al suyo. Como verás, musicalmente es la misma.

Pero la letra ha sido alterada notablemente. Creo que en ese punto debemos buscar la posible clave. Yo le facilité esta partitura en San Francisco, cuando actuábamos juntas en *Galaxia Musical*. Luego, ella estrenó esa versión en Los Angeles, pero es evidente que por entonces ya tenía alguna relación personal de tipo íntimo con el doctor Korvin. Y trasplan-tó a esa letra la clave de la caja donde quizá guarda las pruebas contra ese financiero californiano...

—Mientras estabas fuera de casa me he ocupado en comprobar una idea que se me ocurrió —dijo lentamente Dave, mirando la partitura con atención.

—¿Qué fue ello?

—Lo relativo a la baraja, que mencionó Diana Van Doll al morir.

—¿Y...?

—Creo que lo encontré —Dave le señaló la guía telefónica—. Compruébalo tú misma.

Hay un local en Las Vegas, un club privado que se llama precisamente así: La Baraja. Está situado en Fremont.

—¡Eso es magnífico! —brillaron animadamente los ojos de ella—. Hay un noventa y nueve por ciento de probabilidades que sea eso lo que ella mencionó...

—Es posible. Pero antes veamos esta partitura. ¿Tú qué crees?

—Veamos, Dave —Melissa se sentó a su lado. Dave sintió la presión cálida de su muslo contra el suyo. Era un contacto agradable—. Empecemos por las palabras que ella cambió en la letra. Ve anotándolas a medida que las leo: «gatito... amoroso... cielo... tecleando...

llueve... recuerdo... nostalgia... lejano...»

—Espera. No creo que ninguna caja fuerte funcione por medio de letras. ¿Qué tal si contamos las letras de cada palabra nueva introducida por la Van Doll en la letra de esa canción? —sugirió Dave.

—No es mala idea. Apunta las cifras bajo cada palabra. Si llegamos a encontrar la caja fuerte, se pueden probar ambos sistemas, si ello es posible. Diana no era una chica demasiado complicada ni inteligente. Dudo que buscara una clave demasiado compleja...

—Veamos. Según eso, tenemos ahora las siguientes cifras —recitó Dave—. «Seis...

siete... cinco... nueve... seis... ocho... nueve... seis...»

Ella siguió recitando palabras alteradas en la canción, respecto al original. Hasta que, finalmente, obtuvieron unos grupos de cifras que correspondieron exactamente a las tres estrofas principales de la melodía, constituyendo las siguientes agrupaciones numéricas:

«6759 - 6896 - 3753.»

—Creo que puede ser, perfectamente, una combinación propia de una caja fuerte —

sentenció Dave, con un suspiro—. Tuviste una gran idea, Melissa.

—Y esa caja podría estar... en La Baraja. Si es un club privado para jugadores muy especiales, como hay algunos en esta ciudad, puede poseer cajas de alquiler para sus clientes.

—Pienso lo mismo. Pero ni tú ni yo somos socios —apuntó Dave.

—Tengo una idea —sonrió ella—. Tu parecido con un famoso jugador ya muerto.

—Cielos... ¿Qué pretendes decir con eso? —se inquietó Murray.

—De algo puede servirnos tu semejanza actual con ese hombre. Hazte pasar por él.

Nadie sabe aún en la ciudad que Al Murdock ha sido asesinado. Es posible que un hombre de su fama como jugador que jamás hizo trampas, sirva para abrirnos las puertas de La Baraja.

—¿Por qué no? —sombriamente, Dave se puso en pie, frotándose el mentón—. Vamos allá, Melissa. Cuanto antes, mejor. Mañana ya sabrá todo el mundo lo de Murdock.

—¿Ahora? —ella se escandalizó, mirando su reloj—. ¡Son las cinco de la mañana, Dave!

—¿Y qué? Esta ciudad nunca duerme. Sobre todo, de madrugada, con todos los casinos abiertos. ¿Es que ya lo habías olvidado? Vamos allá, Melissa.

Descendieron a la planta baja. Iban a salir a la calle, cuando Dave aferró a la muchacha por un brazo y señaló a un punto de la calle solitaria y silenciosa.

—Espera —silabeó—. Ese coche...

—¿Qué le ocurre? Ya estaba ahí cuando asomé yo a la ventana...

—Peor aún. No me gusta.

—¿Quién puede saber que estás tú aquí, Dave, o que yo estoy ayudándote en esto?

—No lo sé. Tal vez la propia policía.

—El teniente no sospechaba en absoluto de mí...

—Es lo que tú crees. Mira al tipo sentado al volante. Tiene toda la traza de ser un policía. Creo que te vigilan, Melissa. ¿No hay otra salida?

—Sí, la de servicios de esta casa, pero no sé si estará abierta o no...

Dave presionó con más fuerza el brazo de la joven. La hizo mirar a la calle. En la distancia, rodando silenciosamente hacia ellos, sin hacer sonar la sirena, venía un coche-patrulla de la policía.

—Mira eso —silabeó Dave, crispado—. No me gusta que un coche policial se mueva tan

callado. Viene a por ti o a por ambos. No debemos perder más tiempo. Algo me dice que las cosas se ponen feas para nosotros.

—Sí, empiezo a pensar igual —afirmó ella—. Vamos. Lo intentaremos por la salida de servicio. Da a otra calle, en la parte de atrás. Tal vez resulte...

* * *

Resultó.

Pudieron abandonar el edificio y, pegados a la pared, avanzaron hasta otro callejón cercano, por el que alcanzaron un punto donde se alineaban tres taxis libres en una parada. Subieron a uno de ellos. Dave se ocultaba cuanto le era posible tras unas gafas de sol de Melissa y un sombrero hundido hasta las cejas. Dieron la dirección de La Baraja. El taxi se alejó. Justo en ese momento, otro coche-patrulla llegaba por el bulevar, haciendo sonar en esta ocasión su sirena inconfundible. Empezaron a verse brillar luces diversas en el edificio de apartamentos.

—Creo que se han llevado el primer chasco —rió Dave entre dientes—. Pero todo esto te involucra a ti en mis problemas. Melissa. Y eso no es justo.

—No sigas —murmuró ella, apretándole con calor una mano—. Estamos unidos en esto. Ya es tarde para volverse atrás.

—Tienes razón, Melissa. Bienvenida al club de los desesperados... —

comentó él con sarcasmo.

El coche de alquiler rodaba a buena velocidad en la noche. Nadie en Las Vegas se sorprendía por nada, evidentemente. Ir a jugar a un club a las cinco de la mañana, debía de ser lo más normal del mundo en aquella ciudad de locos, pensó Murray, viendo desfilar a ambos lados del taxi el torrente luminoso y multicolor de los mil casinos, bingos, salas de juego, bares y restaurantes de la ciudad del vicio.

En Fremont, no lejos de Main Street, el coche se detuvo ante una puerta de madera noble, íntima y discreta, a la que se accedía por una alfombra roja, extendida sobre la acera, bajo un toldo amarillo. Encima de éste, una enorme carta de baraja, un comodín guiñando frívolamente un ojo, iluminado radiantemente, precedía a todo un mazo de naipes montado en vidrios luminosos, bajo el emblema: La Baraja.

Dave pagó la carrera. Tomó de la mano a Melissa y, bajo el raudal de luces parpadeantes de la zona, avanzó resuelto hacia la puerta. Un portero con lujosa y espectacular librea escarlata, se aproximó, con fría cortesía a ambos.

—Lo siento, señores —dijo con sequedad, al ver que no exhibían algo determinado—.

Este es un club privado. No tienen acceso si no traen contraseña...

—¿Contraseña? —replicó Dave, despectivo, quitándose las gafas y echando atrás su sombrero con arrogancia—. ¿Desde cuándo necesita AI .Ace Murdock una contraseña para visitar un club?

—Oh, perdone... —el portero balbuceó las palabras, mirándole aturdido—. No le había reconocido en el primer momento, señor Murdock... Por supuesto, usted siempre tiene acceso al local, bien lo sabe... Por aquí, por favor...

Les precedió hasta la puerta, llamó de forma convenida. Se abrió un ventanuco y habló

con alguien del interior. El hueco se cerró, para abrirse de inmediato la entrada al club privado. Dave, generosamente, puso en manos del portero un billete de veinte dólares. El hombre hizo una reverencia capaz de partirle la cerviz en dos.

—Muy amable, señor —dijo—. Usted siempre tan generoso...

Entraron en el local los dos jóvenes. Melissa susurró, apretando su brazo:

—Me impresionas, Dave. Casi dudo si eres tú... o él. Y eso que le he visto muerto de un disparo en su apartamento...

Pasaron tras una cortina roja de terciopelo a una salita donde, inevitablemente, se jugaba al *black-jack*, al póquer, a los dados y al *baccarrá*, en mesas reducidas de tamaño, y mezclándose con una clientela escasa y selecta, en la que destacaban las joyas suntuosas de las mujeres y los fajos de billetes que los varones depositaban en las ventanillas de cambio para coger fichas de juego. En una de las ventanillas se leía un rótulo que hizo apretar los dedos a Melissa sobre la mano de su compañero: «Hay cajas fuertes al servicio de los señores clientes para guardar sus joyas y dinero con absoluta garantía.»

—Creo que estamos sobre la buena pista —musitó Dave, asintiendo.

Se dirigieron a una de aquellas ventanillas. Un cajero sonrió a Murray. Su modo de saludarle fue tan natural como espontáneo:

—Buenas noches, señor Murdock. ¿Sigue la racha de suerte?

—No del todo, pero no puedo quejarme —comentó Dave, encogiéndose de hombros con aire tranquilo, lleno de indiferencia. Luego tanteó con habilidad—: Mi compañera lleva encima algunas joyas demasiado valiosas. Y yo excesivo dinero en efectivo...

—Eso es imprudente en esta ciudad, y sobre todo a estas horas, usted debería saberlo

—sonrió el cajero—. ¿Por qué no utiliza su Caja fuerte habitual?

—Sí, creo que será lo mejor —asintió Murray, dominando sus emociones—. Gracias por el consejo, amigo.

—Oh, es lo natural —se volvió a un compañero—. El señor Murdock quiere utilizar su caja de alquiler, Simmons.

—En seguida —se incorporó un individuo flaco, vestido de smoking blanco, y salió de la zona enrejada para reunirse con ellos. Les invitó, señalando hacia las cortinas del fondo—.

Síganme, señores.

Dave y Melissa se miraron entre sí. Todo estaba resultando demasiado

bien. Como si las cosas estuvieron dispuestas sin problemas para su plan. Murdock no sólo era bien conocido en La Baraja, sino que poseía una de las cajas fuertes de alquiler de la casa. A eso se le podía llamar buena fortuna.

Tras la cortina había una puerta y una escalera descendente que llevó a otra puerta más sólida, en la que llamó el tal Simmons, identificándose. Tras una ventanilla enrejada, un hombre les escudriñó, abriendo luego. Resultó ser un vigilante uniformado, con revólver al cinto. Dave tuvo que firmar en el libro-registro como Al Murdock, y ella con un supuesto nombre, Joan Stuart, para pasar al interior, donde se alineaban diversas cajas-fuertes cubriendo los muros. Cada una llevaba una tarjetita con un nombre, y el número de la caja. El empleado, tras breve consulta, les entregó una pequeña llave numerada. La caja 137 era la de Al Ace Murdock.

Dave Murray, entretanto, buscaba con insistencia otra caja. La halló, no lejos de la del jugador profesional. Era la caja número 211. Estaba a nombre de D. Van Doll. Aquél era su

objetivo. Presionó la mano de Melissa significativamente. Ella le miró, y luego echó una ojeada fugaz a la caja fuerte señalada por el gesto de Dave. Él notó que se ponía tensa.

—Muy amable —dijo al empleado, tomando la llave, que introdujo en la caja. Esperaba que no hubiese combinación a utilizar en la de Murdock. Y así fue. Hubo un chasquido leve, y pudo tirar de un recipiente metálico, rectangular, muy alargado, que no salía totalmente del hueco del muro, pero donde se podía manipular sin problemas. Dave miró al interior. Se quedó perplejo. Al menos había dentro cien mil dólares en fajos de billetes de cien. Murdock, ciertamente, no había muerto pobre. O tenía mucha suerte como jugador, o aquel dinero procedía de otros medios no explicados.

El llamado Simmons ya se había ausentado. Estaban solos con el guarda uniformado.

Dave Murray apretó los labios. Era el momento de actuar.

Hundió una mano en el bolsillo interior, como si fuese a sacar algo para guardar en la caja. El empleado, confiado, se volvía ya, para regresar a su asiento ante una mesa donde tenía el libro-registro. Rápido, Murray extrajo su arma, la pistola automática con silenciador robada a sus asaltantes del coche, ya que su otra arma había sido requisada por éstos. La descargó seca y fuertemente sobre la cabeza

del empleado, procurando no dañarle gravemente.

El guarda se desplomó en seco, como un fardo, Dave y Melissa evitaron al unísono que golpeará al suelo, y lo depositaron suavemente en un rincón. Ahora tenían que ir de prisa.

Muy de prisa.

Dave corrió a la caja de Diana, la 211. Observó que pertenecía a otro sistema de cajas, dotada con un disco numerado, para combinaciones, y no con llave. Rápido, memorizó los grupos de números obtenidos, y comenzó a girar el disco.

Resultó. Al término de la última serie, sonó un chasquido dentro. Y la caja quedó abierta. Sudoroso, tenso, Murray miró a su compañera. La joven estaba muy pálida.

—¿Y bien, Dave? —preguntó la valerosa muchacha.

El tiró de la caja fuerte. Esta se deslizó sobre sus guías, hasta quedar casi fuera del panel de cajas metálicas. Ambos miraron dentro.

No había joyas ni dinero allí. Solamente un sobre alargado, de papel manila, color sepia, con la solapa pegada con papel adhesivo de color azul. Era bastante abultado.

—Lo conseguimos —jadeó—. Estas deben ser las pruebas de Diana Van Doll, obtenidas a través del doctor Korvin, y que acusan de traición comercial a Rip Hoggart...

—Gracias por el favor, señor Murray —dijo una voz helada tras ellos—. Me han adelantado mucho el trabajo, palabra.

Melissa gritó roncamente. Dave se volvió, sobresaltado. Dos armas silenciosas les encañonaban. Un hombre gordo, fofo y sudoroso, horriblemente vestido, y un individuo frío, glacial de mirada, con una extraña voz ronca, emergiendo de un tubo incrustado en su laringe, les contemplaban desde atrás de las armas, con sonrisa triunfal.

—Permitan que nos presentemos —dijo aquella voz gangosa y deforme—. Soy Randsome Hickox, y éste es mi empleado Nick Garth. He venido a matarle, Murray. Usted ya liquidó a Murdock, su doble, y me, ha conducido hasta esos documentos. Ya no necesita seguir viviendo. Ni su bella amiguita tampoco...

Dave supo que Hickox iba a disparar de inmediato sobre ambos. Y no

tenía medio humano de evitarlo.

CAPITULO IX

—Sabrán que usted nos asesinó —dijo roncamente Murray—. Le habrán visto entrar y hallarán nuestros cadáveres. La policía se preguntará por qué había dos Murdock...

—Nadie se preguntará nada —cortó Hickox fríamente—. A usted le desfiguraremos el rostro a balazos, Murray. No le reconocería ni su madre cuando le encuentren. En cuanto a mí, no se preocupe. Este local es mío. Varios de Las Vegas lo son. He utilizado una puerta que solamente yo puedo utilizar. que nadie vigila y de la que nadie sabe que poseo llave, situada en la parte trasera de esta cámara, y que no se utiliza desde hace años. Lo que nunca pude imaginar es que esa estúpida cantante rubia hubiese guardado en mi propio negocio sus preciosos documentos para chantajear a mi socio Hoggart,.. Ahora me servirán a mí para arruinar su carrera y hundirle. Ha sido muy amable, Murray. No sólo me ha deshecho de un estorbo peligroso, como Murdock, sino que me ha conducido a esas evidencias tan valiosas...

—¿Por qué supone que yo maté a Murdock?

—Vamos, vamos —rió Hickox burlonamente—. Le programamos para eso entre el doctor Korvin y yo. Usted es un psicópata con obsesiones de criminal y acomplexado por culpas de la guerra, fácil de manipular por un método científico de programación mental y psíquica que le conduzca al crimen. Y así lo hizo. Muy bien, por cierto.

—¿Por qué deseaba muerto a Murdock? Era sólo un vulgar jugador profesional...

—Era mucho más que eso, Murray —silabeó el magnate con un brillo frío en sus duros ojos—. ¿Qué puede usted saber de ello? Murdock era atractivo, seductor, peligroso para ciertas mujeres impresionables... como mi esposa y mi propia hija. Sedujo a ambas, ¿lo sabía? Y creo que a ambas les sacó dinero y las tenía fascinadas, hasta poder manejarlas a su antojo. Ni siquiera todo mi poder bastaba a evitarlo. Bien. Ya está resuelto ese problema. Nadie se puede interponer en el camino de Randsome Hickox.

—Está usted loco. Es un megalómano que se cree un dios —acusó Dave rabiosamente—. Y sin embargo, es mucho más débil de lo que imagina...

—Ya basta. Terminemos esta charla que no conduce a nada. Nick, destrózale el rostro a este caballero. Yo me ocuparé de la dama, para que no sufra. Tú serías capaz de darle una larga agonía, conozco bien tu morbosidad...

El gordo Nick rió malignamente, asintiendo. Su arma buscó a Dave. La de Hickox se dirigió a Melissa. Ambos iban a disparar sin remedio.

* * *

El teniente Foster amartilló su revólver. Sonó un chasquido seco en el sótano destinado a cámara acorazada. Una voz áspera y autoritaria avisó:

—Una sola presión en esos gatillos, y les coseremos a balazos, señor Hickox. Su juego ha terminado.

El millonario permaneció impasible, aunque palideció. Nick soltó un juramento obsceno, mirando asustado hacia atrás. El teniente Foster no estaba solo en la cámara. Le escoltaban cuatro policías de uniforme, revólver reglamentario en mano.

—Malditos sean... —jadeó el magnate, con su voz más ronca y gorgoteante que nunca—. ¿De dónde diablos salen ustedes tan a destiempo?

—Del mismo lugar que usted, señor Hickox —silabeó el oficial de policía, acercándose a ellos y arrebatándoles bruscamente las armas—. Les seguimos por esta puerta casi oculta que hay en la parte posterior. Lo cierto es que a quien seguíamos es a otro caballero que nos condujo directamente aquí, y que se ha confesado ya asesino del doctor Irwin Korvin: su socio, Rip Hoggart.

—De modo que Hoggart mató al doctor... —susurró Hickox.

—Así es. Esta misma noche, en un hotel. Es un tipo duro su socio cuando alguien quiere hacerle chantaje. Lo que ignoraba es que, entre las cosas de Korvin, había una declaración oculta, que guardaba muy cuidadosamente en el doble fondo de su maletín, donde confesaba todo lo que estaba sucediendo, por si usted o Korvin le causaban algún daño.

Eso me llevó hasta Hoggart, que le estaba vigilando a usted desde que llegó a Las Vegas, señor Hickox. Y así he cazado varios pájaros de un tiro... —miró fijamente a Dave Murray, sonrió y añadió—: Incluso a usted, señor Murdock II.

—Mi nombre es realmente Dave Murray, teniente —dijo él roncamemente—. Mi rostro era diferente cuando este maldito Hickox y el doctor me...

—No siga con eso —sonrió el policía—. Figura en la confesión escrita por el doctor Korvin. Sé la clase de experimento psicotécnico que han hecho en usted. No es nada nuevo. Se practica mucho en el espionaje actual, tanto como los lavados de cerebro de otros tiempos...

—Pero yo no maté a Murdock, teniente.

—Hablaemos de eso en otro lugar —miró a sus hombres, que atendían al vigilante inconsciente—. ¿Está bien ese hombre?

—Sí, sólo sufre un golpe bastante fuerte, señor, pero no padece conmoción alguna.

—Menos mal —hizo un gesto y sus hombres esposaron a los dos hombres. Después, miró a Dave y a Melissa y sacudió la cabeza—. Debería esposarles también a ustedes dos, pero quiero confiar en que no intentarán la fuga.

—Tiene mi palabra —dijo Murray.

—Y la mía —sonrió ella débilmente.

—Bien, entonces vamos ya. La aventura ha terminado. ¿Quién diablos se creyeron que eran ustedes dos? ¿Bonnie y Clyde?

—Algo parecido, supongo —sonrió Dave, forzado—. Pero insisto en que no maté a nadie, teniente. Un golpe en la cabeza me hizo recuperar de mi psicosis y ver las cosas claras. No tenía nada personal contra Murdock. Ni siquiera sabía dónde estaba desde que una vez intenté matarlo y se me escapó...

—Le va a costar convencer de eso al fiscal, estoy seguro —gruñó Foster.

—¿Por qué no me permite que intente descubrir al verdadero criminal? Eso le probaría que soy inocente.

—¿Es que usted sabe quién mató a Murdock, suponiendo que usted no fuese? —

preguntó receloso Foster, mirándole con desconfianza.

—Creo saberlo —asintió Dave—. ¿Por qué no hacemos un pacto usted

y yo? El asesino, a cambio de mi libertad. Pero tiene que confiar en mí y dejarme unas horas en libertad...

—Arriesgo mucho en ese juego. ¿Por qué no me dice quién es el asesino y asunto

arreglado?

—Porque no tengo la menor evidencia. Yo, sin embargo, podría conseguirlo. Piense que quizá el asesino no sepa que existe un «doble» perfecto de Murdock. Yo soy ese doble.

¿Cómo reaccionaría el criminal al verme a mí?

Foster arrugó el ceño. Miró pensativo a Murray.

—Me ha convencido. Adelante, Murray. Dígame su plan y veremos si puedo confirmar en usted y ayudarle...

* * *

Pamela Hickox acarició los cabellos de su hija. Las lágrimas rodaban por sus mejillas lenta y silenciosamente.

—Fue una locura ir tras ese hombre, hija mía —susurró—. Eres casi una niña... y él jugaba con nosotros dos y con muchas más. Sólo buscaba nuestro dinero, compréndelo.

—Ahora lo sé bien, mamá —sollozó la muchacha, aferrándose a su madre—. Pensar que llegué a odiarte, a sentir celos de ti cuando creía que él te amaba...

—Y yo pensé en suicidarme... o en matarte a ti, si me quitabas a Al —suspiró la madre amargamente—. Ha sido todo muy penoso y muy cruel para las dos. Pero ahora ya no existe esa sombra en nuestras vidas, hija mía. Al Murdock está muerto...

Wendy Hickox cerró sus ojos casi infantiles y se estremeció en los brazos maternos. La voz brotó apagada de sus labios trémulos:

—Sí, mamá. Muerto...

Hubo un prolongado silencio. No lejos de ellas, un diario de Los Angeles publicaba con grandes caracteres la noticia del día:

«MILLONARIO ACUSADO DE ASESINATO EN LAS VEGAS.
RANDSOME HICKOX

ENCARCELADO. UN JUGADOR PROFESIONAL Y UN MEDICO.
VICTIMAS DE UN

EXTRAÑO Y OSCURO COMLOT.»

La mirada de Pamela Hickox resbaló una vez más sobre esos titulares. Su voz tuvo una mezcla de ironía y amargura al añadir:

—Habrà quien pague esa muerte, hija. Tu padre no merecía otro final. Egoísta, duro e incapaz de comprender ni perdonar... Ahora, todo le acusa como culpable. Me he librado de él. Es el mejor que podía suceder. De todas formas, pensaba divorciarme.

Abrazó a su hija y la acarició dulcemente. Una sombra se dibujó en las vidrieras asomadas al jardín. Ella levantó la cabeza, sorprendida.

—¿Eh? ¿Quién está ahí? —preguntó.

Nadie respondió a sus palabras. Pero crujió la gravilla y sonaron unas suaves pisadas en el sendero. La sombra pasó nuevamente, fugaz, sobre una zona soleada. Pamela se puso en pie de un salto y se dirigió al jardín, que sabía solitario a aquella hora.

Wendy se enjugó las lágrimas y la siguió, preguntando con voz tímida:

—¿Qué ocurre, madre? ¿Es que hay alguien?

—Sí —afirmó ella—. Pero ¿por dónde pudo entrar? ¡Vamos. responda quien sea! ¿Qué hace en esta casa?

Tampoco hubo respuesta. Una ramita crujió en alguna parte. Chirrió la mecedora del jardín al ser movida por alguien. Ambas mujeres se miraron, algo asustadas.

—Calma, hija —susurró Pamela Hickox. Fue a un mueble, lo abrió y extrajo una pequeña pistola niquelada, con cachas de nácar, que apretó con firmeza, Wendy dilató los ojos al ver el arma en los dedos de su madre. Fue como ver a un espectro.

—Mamá... —gimió—, ¿Es necesario?

Ella, resuelta, no respondió más que afirmando con la cabeza. Pisó la gravilla de! jardín, seguida medrosamente por su joven hija. La mano armada no temblaba.

Rodearon las columnas del porche. La figura de alguien aparecía en pie, junto a las hamacas, de espaldas a ellas. Era un hombre. Vestía de

claro, elegantemente, y fumaba con lentitud un cigarrillo.

Pamela se estremeció. Algo familiar, extraño, tenía aquella figura. Sin saber la razón se sintió inquieta, pese a que el desconocido no hacía nada por ocultarse.

—¡Usted! —avisó con energía—. ¡Vuélvase! ¿Qué hace en mi casa? ¿Quién es usted?

Lentamente, el hombre comenzó a volverse. Lo hizo con parsimonia, sin prisa alguna. El sol cayó con fuerza sobre su cabello oscuro, sobre su rostro enérgico, de duras facciones...

—Hola —saludó, sonriente—. ¿No me esperabais, queridas?

Pamela lanzó un grito terrible. El arma tembló en su mano. Se tambaleó, mortalmente pálida. Pareció a punto de apretar el gatillo, guiada por un miedo instintivo y profundo.

Pero fue Wendy la que reaccionó con más virulencia ante la visión del que parecía ser el rostro de Al Murdock redivivo.

La muchacha dilató sus ojos, lanzó un alarido, y extendió sus brazos, crispando los dedos de sus manos como si pretendiera apartar de su visión la faz de aquel hombre.

—¡No, no! —chilló—. ¡No puedes ser tú! ¡Al, no puedes ser tú! ¡Yo te maté..., te maté de un tiro en el corazón...! ¡Caíste muerto ante mí, mirándome con sorpresa, con horror, sin comprender cómo había sido capaz de ello! ¡No, Ai, no me mires así! ¡Tenía que hacerte! ¡Tenía que hacerlo! ¡No pude soportar que me dijeras con aquel cinismo que sólo querías mi dinero después de haberme despojado de mi virginidad ruinmente! ¡No pude tolerar que dijeras no amarme en absoluto, y jugar conmigo corno con mi madre y con otras! ¡Maldito, maldito seas, yo te maté! ¡Yo te maté, no puedes estar ahí, mirándome...!

—¡Wendy, no! —sollozó su madre—. ¡No hables así! ¡deja que yo vuelva a matar a ese monstruo, y esta vez para siempre...!

—Ya basta, señora Hickox —dijo una voz serena, no lejos de ellas—. No dispare ese arma, por favor. Tendría que acusarla de asesinato.

Despavorida, la madre de Wendy miró al hombre que aparecía tras unos setos, armado de un revólver. Le seguían dos policías uniformados y otro que le era también desconocido, vestido de paisano. Wendy había estallado en llanto amargo, cayendo de rodillas

sobre la gravilla del jardín.

—¿Qué... qué significa esto? —susurró Pamela Hickox, confusa, aturdida.

—Significa, señora, que su hija ha confesado ya —dijo pacientemente el hombre que hablar poco ames, quitándole con suave firmeza la pistola de lujo—. Supongo que, a! mismo tiempo, nos facilitan el arma del crimen de Las Vegas, señora. Deben seguirnos las dos. Una, acusada de homicidio. La otra, de encubridora. Soy el capitán McPherson, de

Homicidios. Pero su crimen fue en Las Vegas, Nevada, señorita Hickox. Por eso me acompaña el teniente Foster, de esa ciudad. El lleva el caso. Yo no hice sino colaborar con él, como el señor Murray, a quien ustedes tomaron por Al Murdock resucitado.

—¿Murray? —tartamudeó la dama. Miró a Dave—. ¿El... no es Murdock? Parece imposible... Es su mismo rostro...

—Es una triste historia, señora —sonrió Dave, acercándose a ella—. Su esposo odiaba tanto a Murdock, que planeó el más complicado y sofisticado sistema de asesinato imaginable. Ya conocerá los detalles. Lo paradójico es que ni él ni yo matamos a Murdock, como calculó, sino su infortunada hija, engañada y burlada por aquel granuja, como yo sospeché al saber que ni Hoggart ni su esposo, Randsome Hickox, fueron asesinos de Murdock. Ahora, el rostro del odiado Murdock sobrevivirá, pese a todo, por culpa de su propio o esposo y de su siniestro plan criminal... Lamento haberlas o engañado, pero era el único medio de probar mi propia inocencia...

Las esposaron, llevándoselas consigo. El teniente estrechó la mano de Dave.

—Su plan resultó -dijo—, Gracias. Murray. Es usted libre. ¿Se queda en Los Angeles ya

—No, no —negó Dave, sonriendo—. Regreso a Las Vegas.

—¿Por qué a Las Vegas? Ya no tiene a nadie a quien matar... —rió Foster.

—Teniente, pero he encontrado a alguien por quien vivir —suspiró Dave—, Y por quien reanudar mi vida normal, libre ya de psicosis y complejos de culpa. Volver a ser el que d fui, un simple ejecutivo de empresa...

—Y todo por una mujer, ¿no?

—Sí, teniente. Todo por una mujer que me espera en Las Vegas... ¿No va a oírla cantar a nuestro regreso?

—No me lo perdería por nada del mundo —prometió el oficial de policía con expresión risueña—. En marcha, Murray. Regresemos a Las Vegas...

F I N

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España **PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.**